

SOLIDARIDAD

suplemento literario

OBRERA

París, Noviembre de 1956 ★ Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio, 50 fr. - N° 606-35



Juan Rostand.

UN CREDO FILOSOFICO

Si no se sabe mucho más de lo que se sabe al comienzo, al menos, en bastantes puntos, se ha ganado con haber perdido la ilusión del saber.

J. ROSTAND.



EMEJANTE confesión, en un hombre de ciencia que ha consagrado toda su existencia a las indagaciones humanas, expresa no sólo un deber de buena fe, sino también lo esencial de un notable credo filosófico.

Abrir un libro de Rostand ha sido siempre para mí un gran encanto, pues tenía el convencimiento de que en sus páginas aprendería alguna cosa que hasta ese instante ignoraba o apenas conocía.

Como yo, mis lectores recordarán la alegría sentida al recorrer las líneas de « Pensées et Nouvelles Pensées d'un Biologiste », las de « Pages d'un moraliste » y esa señalada trilogía que se denomina « L'Aventure humaine ».

El simple recuerdo de algunas obras de Rostand nos ayuda a comprender todo el interés que ofrece la presentación que Rostand acaba de hacernos con su último trabajo : « Ce que je crois », que es su credo filosófico.

Desde las primeras páginas se siente uno sugestionado por la simplicidad y la modestia de su exposición, exenta por completo de las afectadas afirmaciones de ciertos pensadores o sabios que, según Han Ryner expresó con propiedad, « si afirman que yo dudo, débese a que unos distinguen la sinceridad del eco, mientras que los otros tienen la ambición de conducirme y la avidez de explotarme ».

Jean Rostand, en su credo filosófico, no duda en mostrarnos el estado de su « alma », tal como ella puede presentarse frente a la cima de sus conocimientos. Nos revela así una personalidad enteramente desligada de todo dogmatismo, aunque fuese científico, y nos expone su propia creencia en esas primeras semanas de 1954, es decir, no lejos de su sexagésimo año.

No presume Rostand de ser un filósofo, no pertenece a ningún « sistema » ni está enfeudado en ninguna doctrina ; de ahí que puede ofrecernos sus opiniones « completamente desnudas, sin aderezos, tal como ellas se han formado, libre y salvajemente ». Y como si ya hubiera sobrepasado los límites de la arrogancia, añade seguidamente que no puede explicarse a fondo sobre las cuestiones que los hombres discuten desde hace muchos siglos.

Yo hubiera reprendido seguramente

a Jean Rostand respecto a la elección del título de su confesión : « Ce que je crois », pero, leída la explicación de « su creencia », tan persuasiva, no siento la menor necesidad de más indicaciones que las que él da al comenzar esas noventa y dos páginas de tan coherente lógica.

« He aquí, pues, « LO QUE YO CREO », entendiendo, claro está, que no se puede creer nunca y que toda la diferencia se halla entre los temerarios que creen que saben y los prudentes que saben que creen. »

Si no me engaño, esto es una exposición de profundidad poco común en cuanto se relaciona con la vida misma del ser pensante. Pero Rostand expresa especialmente sus creencias — y escribe sus a propósito, pues en él se afirma la pluralidad de opiniones, preferida a la unidad del pensamiento — a través de sus genes, sus hormonas, sus reflejos, su pasado y sus experimentos.

El autor de « Hommes de Vérité » no cree que el hombre disponga de otros medios de conocimiento que su razón. Este medio no es perfecto y puede conducir, sin duda, a cimentar errores — como también la razón puede hacernos una mala pasada, engañarnos —, mas aún así es preferible, y no poco, a las pretensiones tradicionales de la revelación o a lo irracional que de un golpe abre el campo a lo incongnoscible y nos impone su fe, creencia y misterios en que hay que creer, so pena de ser condenado, declarado hereje y quedar expuesto a las sevicias de una « inquisición » que, si no se manifiesta en nuestros días con tan atroces cuadros, espera su hora para revivir esa época que parecía enterrada.

« Tengo la convicción de que el hombre se encuentra en el principio mismo de su aventura intelectual, siendo su edad mental extremadamente baja en relación con la que está llamada a alcanzar. »

Pero he aquí transcrito el pensamiento que, con esa simplicidad que tanto apreciamos, Rostand expone acerca de la inmadurez, el infantilismo de nuestra especie, estando convencido de que, ante los grandes problemas que se nos enfrentan, no cabe esperar otra

somos del mismo paño, de la misma substancia que el animal ».

Todo eso no puede explicarse racionalmente más que en el marco de la teoría de la evolución.

« La biología acaba de nacer ; el problema de la evolución no se ha planteado seriamente desde hace medio siglo ; y aún cuando nuestra ciencia no llegara a resolverlo, no tendríamos por qué concluir que sea del dominio de la metafísica. »

Ante el problema del origen de la vida, Rostand dice sin titubeos que se ignora casi por completo : « No hay — añade — la sombra de un hecho positivo ». Y esto ha autorizado a algunos a reprochar al autor de « La Génèse de la Vida » el no creer en nada. Se equivoca ahí de manera completa el alcance de la obra biológica de Jean Rostand, que, entre otros volúmenes, comprende : Les Chromosomes, La Formation de l'Etre, L'Evolution des Espèces, De la Mouche à l'Homme, La Vie des Crapauds, Etat récent du Transformisme, Les Problèmes de l'Hérédité et du Sexe.

No importa lo que se piense al cerrar « Lo que yo creo », no importa lo que se deduzca de su lectura ; forzoso es quedarse admirativo ante tanto saber retrazado con esa modestia que, para muchos, deberá ser un guía pleno de cordura.

Y como explica Jean Rostand : « Quien haya sentido verdaderamente el tormento de la cuestión interior, no concebirá siquiera de dónde podría venirle nunca el apaciguamiento. Así, aunque tuviera fe en el misterioso más allá que prometen las religiones, le parecería que, bajo los fuegos incluso del infierno y en las delicias del paraíso, no podrá hacer otra cosa que continuar planteándose cuestiones... »

EN EL NUMERO PROXIMO

Colaboraciones de Rodolfo Rocker, Abraham Arias, G. Altman, F. Alaiz y otros, más la continuación de los estudios de Fabián Moro, J. Chicharro de León y Luis V. Anastasia Sosa.

POR

HEM DAY

cosa que respuestas ingenuas e imperitinentes.

« No es de otra parte seguro que la humanidad tenga un futuro suficiente para agotar todo el conocimiento que su condición cerebral lo haría capaz, y es sumamente dudoso que esta misma condición lo habilite para conseguir una comprensión total del Universo. »

Pero Rostand es un biólogo, y por consiguiente, solicitan particularmente su atención las reflexiones en torno a la vida. Así, anticipa : « No existe, de nosotros al animal, más que una diferencia de cantidad, no de realidad ;



Arrullo de Naturaleza, o inquietud permanente.

EN ESTE NUMERO

Escritos de J. Chicharro de León, Felipe Alaiz, Eduardo Zamacois, Fabián Moro, Puyol, Anastasia Sosa, Pedro Vallina, Profesor Herrera, M. Costa Iscar, León Felipe, Zenón, Jaime R. Magriñá, A. Vidal y Planas, Fresia Brenes de Hilarov, José Martí, Federico Azorin, Francisco Frak y Nohemio. Notas de actualidad y las ilustraciones del caso.

— Ese es mi mismo lenguaje, la más verídica expresión de lo que yo siento y pienso. Pero hay en mí una fuerza profunda que me hace pensar en el momento de llegar a establecer la paz cuando se agote la posibilidad de continuar esta gigantista sangría de los pueblos lanzados a la guerra por los amos del mundo. ¿Quién desarmará a los pueblos? ¿Cómo se podrá impedir que éstos se hagan, por fin, justicia y hagan la gran revolución social?

— Dí más verílicamente que éstos, al verse con el saldo de su miseria física y moral al terminar la segunda gran guerra, que dejó chiquita a la primera de 1914, podrán ser acometidos por una sed de venganza, que continuará la matanza y la destrucción de los que en más o menos fueron privilegiados. Se ensanchará el círculo de sangre a zonas que pudieron librarse de las salpicaduras, y los domadores de la fiera desengañada, con la astucia y la fuerza que les caracteriza, sabrán de nuevo domeñarla y encerrarla.

— Entonces, ¿no hay solución?

— Para todo la hay en teoría, pero está lejos de concordar con nuestras aspiraciones. Afirmas que las armas, en manos de los pueblos, contribuirían a su liberación. Yo te digo que todas las armas siempre estuvieron en manos de los pueblos y, siendo ellos los que las siguen fabricando para su propio mal, lo lógico sería que se cruzaran de brazos, después de destruir las que existiesen en el momento de tal acto consciente, e imponer por su propio razonamiento el trabajo para la producción de las cosas útiles a la expansión vital.

— No podemos pedir tal acto de conciencia a los pueblos.

— Pero podemos pedir, o desear, que éstos sepan emplear las armas en destruir a sus enemigos... Y si los enemigos peores están en su propio seno, ¿qué haremos para desarraigarnos como a plantas ponzoñosas?

— Te digo, en verdad, que la pregunta supone un duro problema, un aprieto verdadero para los que creen que todas las virtudes pertenecen al pueblo y que todos los vicios son el patrimonio de las clases pudientes.

— Así es, pero el mal está entre to-

dos, igual que la sabiduría y el bien... Llegamos, así, a la conclusión evidente de que nada se puede hacer por la verdadera reforma social mientras cada uno no haga un esfuerzo por reformarse, siendo un fermento de disolución en el gran aglutinante social.

— ¡Ay, qué labor más lenta!

— No obstante es la única eficaz. Y aunque te parezca muy pausada, es la más rápida, porque no anda con tanteos y lo poco que edifica, mirado desde la cima de la ilusión, puede tomar proporciones minúsculas, pero desde el llano, donde la visual no pueda sufrir de espejismo, su realidad es tangible y positiva.

— Entonces, el medio en que se desenvuelve el hombre no tiene tan gran importancia como le atribuyen los deterministas...

— La tiene y muy grande, pero los subjetivistas afirman que la reforma del medio tiene que armonizarse con la del sujeto. No habiendo sido así, la historia se repite con abrumadora monotonía. Todos los cataclismos humanos, todas las furias aventadas en las guerras, en las revoluciones y en los mo-

POR M. COSTA ISCAR

tines, no han sido capaces de reformar al hombre en su ambición, y, no han hecho otra cosa que derrocar a unos poderes para elevar a otros, o a los mismos disfrazados con más vistosos trajes o con más arte seductivo popular. De ahí el refrán, inspirado en la sabiduría de la experiencia secular: « Los mismos perros con diferentes collares ».

— Tal afirmación es pesimista y niega el progreso social.

— Esto es puro realismo, corroborado por los hechos, y el progreso social es una mentira convencional, porque se asienta siempre sobre las mismas bases de la moral autoritaria, cuyos frutos son siempre los de las

formas sociales de la esclavitud, con la paradoja, además, de que tan esclavos son los amos como los que obedecen...

— Con la diferencia de que los amos son esclavos voluntarios mientras que los que sufren el yugo lo soportan por la fuerza...

— Pero tú no tienes en cuenta que la esclavitud de arriba y la de abajo es cuestión sólo de cantidad y no de calidad. De ahí que haya proletarios con posibilidad de encaramarse a otras clases, como hay elementos pudientes que descienden, por la ruina de su fortuna, hasta el último peldaño de la proletarianización. La mentalidad es la misma en ambos: explotar el medio, ascender



puedo ocultarla, aunque ella sea en contra de mí mismo.

— Ese es tu mayor defecto, no saber contenerte, echarlo todo a rodar en actos de violencia, en arrebatos autoritarios.

— Me increpas mi carácter, pero al mismo tiempo me haces ver que tú tampoco eres lo que dices y que contradices lo que pretendes enseñar.

— No, yo no puedo enseñar en el sentido del proselitismo; lo único que puedo hacer es mostrar las verdades que a mí llegan, las que

cuanto se pueda y rehacerse, si es posible, de las caídas que ocasiona la voluble suerte.

— Yo reconozco también esa disposición rampante del esclavo social, y por esa repugnancia que me causa quisiera tener el poder de acabar con ella.

— Está bien, pero este deseo no puede materializarse, porque el esclavo no aspira a ser hombre, sino a cambiar de amo, cuando ve la posibilidad de mejorar su posición de gozador egoísta, exactamente lo mismo que el poderoso quiere más poder para endiosarse y contemplar, hinchado de vanidad estúpida, las genuflexiones de los que se disputan ser sus súbditos y hasta sus fieles.

— Y siendo así, y puesto que la violencia se halla en el paroxismo y dista mucho de haber entrado en su ocaso, forzoso es que nos aprovechemos de las circunstancias, que permanezcamos vigilantes para orientar a los pueblos e inducirlos a que terminen, por los medios violentos, ya que la razón no puede convencer a todos, con la ignominia erigida en poder.

— Mucho me temo que esta nueva ilusión produzca un nuevo desengaño. Porque las mismas causas, aunque se modifiquen por el medio, al persistir en su arraigo, siempre han de producir los mismos efectos.

— Te escucho, pero no veo adónde vamos a concretar nuestras aspiraciones, y digo nuestras, porque ambos queremos la liberación humana.

— Sí, pero mientras tú no la ves realizada sino por la fuerza, por elementos catastróficos, yo no alcanzo a verla surgir mas que por el racionalismo, pero no aplicado a los adultos, que se hallan ya maleados por tan diversos factores, y no quieren cambiar sus métodos de *lucha por la vida*, sino preparando nuevas generaciones, capaces de ver el interés común de la especie. No dudo que hay también personas bien dispuestas y muchas, quizá, prontas a aceptar la verdad y a rectificar sus errores...

— Hay que propagar intensamente las verdaderas ideas emancipadoras del hombre en una sociedad universalista, emancipada de los prejuicios escolásticos.

— Eso es, pero, ¿cómo hacer esa propaganda? Los medios de publicidad están acaparados por las empresas comerciales, políticas y gubernamentales. La autoridad, la disciplina social, la censura eclesiástica y civil ejercen su omnímodo poder para evitar que se propaguen las verdades sencillas, que son también las más revolucionarias en el sentido de hacer comprender a todos la ignominia social en que se convive. Ah, si pudiésemos disponer de la radio y del cine con la misma amplitud de los propagadores del mal!...

— Parece que te empeñes en cerrar todas las puertas que liberan al hombre, como si ya no hubiera remedio a la congoja de tantos males como aquejan a nuestra infeliz humanidad.

— Me ofendes; yo no cierro puerta alguna, puesto que todas lo están a cal y canto por el privilegio cruel y dominante, contra el que se estrellan todas las buenas intenciones de concordia humana.

— ¿Qué hacer, entonces, ante tan magnas dificultades?

— Cada uno se deja guiar por su



Drama eterno de la violencia.

REFORMA SOCIAL

no se propagan aunque se conozcan. Y todo mi anhelo consiste en saber que alguien las comprende y las ama...

— Sí, es la educación, es el método de abrir el entendimiento por la comprensión de las razones expuestas. ; Noble trabajo ! ; Mas cuán lejanos se hallan los frutos de esa siembra ! Por más que yo esté de acuerdo con esta acción, siento dentro de mí esa indignación del apostolado por la equidad y la justicia cuando tropiezo con los malvados de la vida, cuando veo, desde el ideal de manumisión humana que me alienta, los obstáculos que nos impiden llegar a la realización ansiada...

— Es nuestra pequeñez la que se impacienta, nuestra pasión exacerbada la que tiene prisa por gozar la magia de los ensueños que forja nuestra imaginación. Pero yo deseo concretar la conducta del hombre idealista, la del que se siente profundamente refractario en el ambiente social y la del que, siendo revolucionario por el verbo y por la acción, quiere a toda costa imponer, por la rebeldía de las masas, el estado ideal que han forjado y siguen cincelandos las más preclaras conciencias, las más esclarecidas inteligencias y los más humanistas sentimientos de solidaridad y paz, de convivencia fraterna, equitativa e igualitaria.

propio temperamento y, en cuanto la razón lo contradice, ya se ve desorientado y pretende volver siempre a su tendencia impulsiva, a la fuerza fisiológica que lo anima.

— ¿ Quiere decir eso que la razón no sirve de guía al hombre y que su naturaleza afectiva lo determina a obrar en tal o cual sentido ?

— Así es, pero como consideramos que no debería ser así, hacemos lo posible por que la razón nos ilumine en los conflictos que surgen en el choque continuo de las pasiones y de los prejuicios por ellas creados y sostenidos.

— Pero me parece que estamos divagando demasiado y no llegamos a concretar la conducta del hombre a que aludías.

— Como ves, unas cuestiones se enlazan con otras y todo se relaciona. Error grave de examen es pretender aislar algunos de los elementos, tan múltiples y variados, que constituyen la naturaleza social del hombre, para llegar a una conclusión que nunca es definitiva.

— A mí se me ocurre ahora que es preferible la intrepidez de los exaltados que la prudencia de los indiferentes...

— Pues yo desecho a ambas. La intrepidez es propia de los iluminados, de los visionarios, de los que no miden el peligro y se lanzan dispuestos a perecer en él. La indiferencia es el signo característico de las barrigas y de los estómagos que soportan una cabeza. Pero la prudencia puede ser una condición de la sabiduría, siempre que conserve un equilibrio entre el impulso y el discernimiento.

— Claro está que también puede decirse que la prudencia y la indiferencia, son las virtudes cívicas por excelencia, sobre las que se asienta todo el andamiaje autoritario, que a su vez sostiene el complicado engranaje social que anula la personalidad humanística, puesto que nadie puede evadirse de formar parte del mismo.

— Y yo añado, como el hombre es tan estúpido animal, suele tropezar más de una vez en el mismo obstáculo ; no escarmienta en cabeza ajena y reproduce con terquedad abrumadora los mismos errores del presente y del pasado... ¿ A qué se llama, entonces, experiencia ?... Al reconocimiento de la verdad, pero no a su aplicación práctica.

— Tus razones me producen angustia ; quizá siento en mí un principio de evolución ; parece que mi anterior iluminación de luchador, exaltado por la visión de los pueblos liberados, queda detrás de mi vida agitada... He dado mucho a los demás... La acción directa en que he estado sumido ha enmagrecido mi cuerpo y me ha dejado esta fiebre, esta inquietud sin consuelo en que se trasluce mi esqueleto, como anticipo a una muerte prematura, después de una vida nómada, sin reposo, sin serenidad...

— Descansa, compañero ; no quiero abrumarte ; leo en el fondo de tu ser el sentimiento de tu impotencia ; todos hemos de llegar al mismo resultado, a la muerte acongojada por el remordimiento de no haber sabido vivir, sencillamente, ingenuamente, como viven las bestezuelas inofensivas...

— ¿ Tú dices que todos mueren así ?

— Yo quiero decir que todos los de

nuestro mundo, o sean los que forjan mundos imaginarios de belleza y se ven constreñidos a vivir contrariados por un ambiente zafio y perverso, han de sentir forzosamente la desarmonía

que todos los días los atosigó entre su pensamiento y su acción... Las demás gentes no cuentan ; las que se dejan arrastrar por la corriente y sólo se apoyan algunos momentos para hacer genuflexiones y reverencias a la rutina, son estómagos y barrigas y sexos ondulantes en la plena y ciega satisfacción. Este es el lastre, la rémora, el pantano, la charca en que crecen y pululan las alimañas sociales...

— Sí, compañero, yo moriré con esa idea que me taladra el cerebro... y quizá sea mi agonía violenta como lo fue toda mi traqueteada existencia.

— Yo, en cambio, pienso morir tranquilo y sereno, sin remordimiento ni congoja, igual que viví, pensando hasta el último instante en que la vida es efímera y en que el individuo, dentro de ella es una insignificancia. ¿ Por qué, entonces tanta necia vanidad, tanto orgullo pretencioso y tanta ambición ? Los humanos deberían ser como flores, que perfuman y alegran un instante el ambiente ; pero no son sino ponzoña que lo entristece y envenena.

— Sigue, que te escucho aunque sea con dolor...

— No quiero seguir, pues se prolongaría demasiado esta sesión... Terminó reflejando mi conducta en la vida. Para mí, el principio es bondad y tolerancia para los pocos humanos que hay inofensivos. Vivir serenamente, amando la



alegría y las sanas pasiones, siendo siempre el dueño y no el esclavo de los halagos corporales, amando y practicando la limpieza del cuerpo y de la mente, cultivando ambos en la medida de cada temperamento. Ser previsor y no ambicioso y detestar todo dinero mal habido ; no engañar ni explotar al prójimo ; desear la crueldad y la venganza inútiles, que son placeres de los dioses imaginarios y desechar la violencia que siempre destruye y jamás construye. Ante la selva social en que se apretujan las alimañas y las fieras, los endriagos y los gigantes, una expectativa valerosa, una convicción estoica y una actitud irónica y sarcástica, según las circunstancias, son las mejores armas para defenderse en ese ambiente pestífero en que vivimos...

— Reflexionaré sobre esto...

— Si así lo haces, larga y profunda meditación te espera.

HIGIENE DEL CEREBRO

POR PEDRO VALLINA



forme a la estadística que se presentó en Lima, existen en la América Latina, en la actualidad, catorce millones de niños sin escuela y en cuanto a adultos analfabetos cuarenta y cinco millones. Súmense las cifras y dan cerca de sesenta millones en relación con una población aproximada de ciento cincuenta millones de habitantes. De estas cifras, por lo que a México se refiere, podemos asegurar que aún existen en el país no menos de tres millones de niños sin escuela y no menos de nueve millones de adultos analfabetos.

« Esta es la realidad en los países de la América y en todos ellos existe el mismo propósito y programa de que debe atenderse primordialmente a la educación primordial y de que la Campaña Alfabetizante es un auxiliar en ese problema medular de los programas educativos sobre la educación popular. A ese respecto no podemos hablar ya de radicar el analfabetismo, porque aún cuando los datos estadísticos fueran optimistas respecto a la disminución del porcentaje de analfabetos, nos encontramos con que el acelerado crecimiento de la población rompe pronto esos datos estadísticos. Ya hemos señalado en diversas ocasiones que si el aumento de la población es de un tres por ciento anual, cada año tenemos de nuevo ingreso al país de novecientos mil a un millón de niños, lo que equivale a un nuevo Estado en la Federación ».

Las estadísticas oficiales, como las particulares, no pueden tomarse al pie de la letra, sino aproximadamente. En las particulares se falsean con frecuencia los números para demostrar lo que se desea, y en las oficiales, si se trata de exponer datos desfavorables a los gobernantes, las cifras son muy bajas. A 60 millones se eleva la cifra de los analfabetos en la América Latina, según el señor Cenicer, pero en un mensaje dirigido no ha mucho al Seminario Panamericano de Educación para Adultos en la ciudad de Petrópolis, (Brasil), el mexicano Torres Bodet, afirmaba que el número de analfabetos alcanzaba a 70 millones.

« Esos millones de analfabetos, dice el mensaje, constituyen un grupo antisocial porque se hallan aislado de la

vida. En plena edad atómica, esos ciudadanos se mantienen muy lejos de la familia humana, sin la menor oportunidad de disfrutar los beneficios de la cultura ».

Es verdad que en los últimos años los presupuestos latinoamericanos de educación han aumentado de 200 a 300 por ciento. A pesar de esto, el constante aumento de la población hace que la situación sea más crítica cada día.

Por una parte, hay una carencia grande de escuelas y una deficiencia de las que funcionan ; y por la otra faltan los maestros capacitados, y se emplea un personal mal pagado y muy defectuoso, con escasa cultura y sin dotes para la enseñanza. La falta de un profesorado en las Escuelas Normales presentan los mayores inconvenientes.

Por lo general, las tabernas sustituyen a las escuelas. A unos 8 kilómetros de donde me encuentro hay un poblado llamado « Palogacho », habitado por 400 vecinos, en el que se encuentran 6 tabernas y una sola escuela, cuyo maestro de ocasión es el primer borracho del pueblo, y por cierto que cuando bebe se muestra muy ofensivo. En el pueblo de Loma Benita que habito, que tendrá unos 10.000 habitantes, hay entre tabernas y establecimientos que expenden bebidas alcohólicas más de 200, y en cambio hay una sola escuela en un lugar pantanoso, y un sólo maestro de valer que hace de director, y otros de ocasión, que no reúnen condiciones para la enseñanza. Estos ejemplos son numerosísimos y la mayor parte de los poblados (ranchos) de estos alrededores no tienen una sola escuela por mala que sea, pero no faltan las tabernas.

Asombra que en la llamada edad atómica, y en la época en que se hacen planes para viajes interplanetarios, haya en la América Latina tantos millones de analfabetos por falta de enseñanza, como hay millones de enfermos por falta de higiene. Por otra parte, analfabetos y enfermos del cerebro es lo mismo, porque este órgano no se desarrolla bien y funciona mal, resultando un cuerpo sin cabeza.

En una Naturaleza tan bella, con enormes riquezas en potencialidad, el hombre vive mal y marcha a tropezones. Hay millones de analfabetos que saben pocas cosas y una minoría de individuos cultos que se esfuerzan por propagar la cultura, siempre atropellada por los dictadores que dominan en casi todos estos países. Lo que hay es una sed insaciable de enriquecerse a toda costa, sin reparar en los medios para adquirir una riqueza mal empleada, pues los verdaderos goces de la vida cuestan muy poco.

Si todo órgano que no funciona se atrofia, el cerebro de estos analfabetos, si no está atrofiado en el volumen, está deteriorado en la estructura.

Si un estómago, en vez de ingerir alimentos sanos, lo hiciera con trozos de cartón, de madera, de piedra etc., su funcionamiento sería espantoso y pronto correría peligro la vida del que lo lleva. Asimismo, si en vez de llevar al cerebro ideas verdaderas, se le hace el receptáculo de todas las mentiras religiosas y sociales, el que lo lleva en la cabeza no hace más que desatinos que a veces ponen en peligro su vida o la de sus semejantes.

Urge una medicación higiénica que ponga en buena marcha el cerebro de los hombres, para que un órgano, que puede compararse por sus energías luminosas con un sol, no se convierta en un manantial de negruras.

Hay que evitar que haya analfabetos y procurar que el cerebro de estos desdichados ahuyente las sombras que alberga y se ilumine con ideas claras y precisas. Es extraño que un órgano tan maravilloso como el cerebro de un hombre, que tan grandes ideas ha forjado, dé cabida a veces a tantos disparates y absurdos.

Hora es ya que la higiene tan desarrollada y aplicada a otros órganos, se aplique al cerebro, el más noble de todos. Y para ello hay que comenzar espantando a tantos pájaros negros que allí se albergan, y dar cabida a ideas claras y buenas, y entre ellas ideas sociales que reconozcan la igualdad entre los hombres.

Y mientras tal cosa no se haga, no importa que se hable de civilización y de cultura, cuando en realidad, mientras siga esto así, el mundo, como decía Enrique Heine, es manicomio u hospital, no existiendo más que sombras y deformidades sobre la tierra.

Los orígenes del mundo helénico

POR
FABIAN MORO

Un continuo tráfico mercader hacia revivir lenguajes distintos en la continua comunicación con los pueblos del Mediterráneo oriental, donde despuntaban avances de civilización.

Corría el tercer milenario antes de la Era vulgar. Los mercaderes mesopotámicos tienen factorías en Troya, avanzada asiática y umbral del que vendrá a ser el mundo helénico. Pulularán por las islas del archipiélago egeo, teniendo su punto principal de comercio en Cretas, por donde los babilónicos se agenciaban estaño y cobre, oro y ambar, plata y lana... que venía de una tierra misteriosa y lejana, rico lugar escondido en el luminoso y desconocido Mediterráneo occidental. Entrado el segundo milenario, por el mismo conducto y de los mismos parajes adquirirán el bronce además de proporcionárselo con los minerales extraídos del Cáucaso. Cuando los cretenses, por causas que se ignoran, dejarán esa vida comercial, serán los fenicios quienes les reemplazarán y llevarán esclavos y mercancías a los centros de Babilonia y de Nínive, de Tebas y de Menfis.

A partir de entonces comenzará su auge y harán de la punta costera donde Sidón se alza, el centro de un imperio comercial donde riquezas fabulosas se acumulan y será la sede del lujo fastuoso y de la voluptuosidad, sólo superada por Tiro la isleña, incontestable árbitro comercial del mundo contemporáneo, más segura y prestigiada que su hermana mayor. El tráfico con los productos de Iberia, exclusivo hasta la entrada en escena de los griegos que resultarán sus furibundos enemigos, sus rivales tenaces, les había dado incalculables riquezas y contribuido por ellas al poder y al lujo que les hacía temibles y envidiados, como antes había dado a la dinastía minósida la riqueza con que había levantado templos y palacios majestuosos, siendo el elemento material que permite el florecimiento de la civilización cretense.

De Anatolia, tomando la vía fluvial del Éufrates tranquilo, descendían incontables mercaderes camino de Babilonia. Cargaban sus mercancías en los primeros tiempos sobre frágiles bajeles hechos de mimbrés y recubiertos con pieles de cornúpedos, impermeabilizadas. Llegados a su punto de destino, vendían



TRAIDOS por el esplendor de sus ciudades, donde los tiranos megalómanos de tiara y espada hacían levantar palacios y monumentos (primero de adobes, de ladrillo después) en su honor, imbuídos de una vanidad sin freno; y en el de los dioses rígidos y furibundos que contribuían a su poder por el miedo y la superstición de la plebe esclava, hombres y tribus de diverso origen confluían a ese entonces fecundo territorio del próximo Oriente, centro irradiador de comercio y de saber, plataforma giratoria donde coinciden y entrecruzan los caminos del mundo conocido, donde con los intercambios de productos agrícolas e industriales se intercambian y elaboran los mitos religiosos evolucionados ya, encuadrados en un aparato filosófico. Con la policromía del paisaje se confundía la policromía de los tipos humanos y la de su vestimenta variada.

mercancías y medio de transporte, porque éste, dejado avanzar al impulso sólo de la corriente, no era posible remontarlo a la vuelta. De igual manera, viajeros o guerreros, empleaban la más rudimentaria embarcación individual, consistente en un odre inflado sobre el que se deslizaban río abajo echados de pecho.

A través del Asia Menor y de Siria, los negociantes babilónicos se asoman al mediterráneo extendiendo sus intercambios y su tráfico por las Cicladas, así como por los poblados primitivos de la península helénica, llevando con los metales del Cáucaso la influencia irradiante de su civilización.

« Las ciencias propiamente dichas nos enseñan a descifrar un cuerpo, un animal o una planta. La historia nos enseña a descifrar la humanidad y nos permite comprenderla. El espíritu humano no podría proponerse una investigación más útil y más alta. » (Gustavo Le Bon, « Les Premières Civilisations ».)

Desde Sargón 1º (2637-2582), los testimonios arqueológicos patentizan una intensa expansión comercial babilónica, sobre todo en Cretas, donde se desarrollara una precoz evolución de la civilización prehelénica. Hasta los tiempos de Hamurabi (1728-1686 según la nueva cronología) Cretas y el resto del archipiélago egeo son visitadas con frecuencia por los mesopotámicos rivales aventajados de los egipcios, provocando la continuidad expansiva de la civilización humana del centro de génesis sumero-accadio en la Hélade, resultando ésta centro secundario difusor en la progresión del conocimiento humano, y no del centro de génesis egipcio, el cual toma-

rá otras vías de influencia difusora, cuyo centro secundario expansivo se fijará en Iberia. Las vías comerciales babilónicas y minivitas serán tomadas por las hordas nómadas indoeuropeas, que, descendiendo del Asia central por las gargantas del Cáucaso, tomarán el Mediterráneo, llamado a ser el centro comercial del mundo antiguo. Se establecen en las costas de Siria alrededor de la época en que los cascos de la caballería hitita desvastarán los campos fecundos de la Mesopotamia, después de haber destruido la Capadocia, llevando siempre como enseña de su ferocidad el emblema de aguija bicéfala. De las costas sirianas se extenderán a todo lo largo del hemisiclo ribereño mediterráneo oriental haciendo incursiones en las islas del Egeo para introducirse poco a poco en la península helénica.

Entre tanto, otras tribus, también de lengua y de cultura indoeuropea, venidas de la península balcánica, convergen sobre el mismo punto geográfico, mezclándose unas y otras, uniéndose con el mismo propósito: colonizar lo que después será la Grecia. La presencia de pueblos indoeuropeos no es ya nueva. Hacia el año 2000 y antes en 2500, grupos de afinidad lingüística, salidos probablemente de Rusia meridional, han marcado su presencia negativa, es decir, involutiva, dedicándose a saquear las poblaciones primitivas sin marcar una huella estable. Esta vez no será así. Los acaenos, los dorios, los eolios, los griegos, los helenos, van dispuestos, a fijarse, estableciendo raíces étnicas y terminarán un proceso lento de fusión con la creación de una personalidad nacional. En principio, se dedicarán al oficio lucrativo pero inconsistente de la piratería, costumbre desde luego en boga. Así, ciertos aventureros, jefes de familia o de clan tal Menelao, abordan y desvalijan los bajeles mercantes que navegan por esos contornos, y también las ciudades costeras, acumulando cuantiosas riquezas que después disfrutarán con gran pompa señorial, atribuyéndose rango social superior, casta de élite « nacida » para el mando. Pero en Cretas, que aún no ha recibido la visita nada conciliante de esos clanes bárbaros, se está desarrollando un pueblo de navegantes, natural a su medio, que a fin de salvaguardar su comercio, emprenden la batalla a la piratería y estimula a sus dirigentes la ambición al dominio marítimo. Lo consiguen: ella es anulada, pero de rebote se crea la aristocracia del mar: la talasocracia, bajo el cetro de una monarquía absoluta cuya dinastía es iniciada por el fabuloso Minos.

En ese tiempo, la mercancía lucrativa por excelencia, el material por todos codiciado, es el estaño; más precioso que el oro, pues que sirve a fabricar el bronce, general a todos los usos: domésticos, industriales y militares. Puede ser que les llegara de Bohemia, de Europa central. Pero es incontestable que, como en la época del cobre, fué por el conducto ibérico como lo adquirirían, ya de las montañas tartesas, ricas en estaño, ya facilitado por los tartesos que iban a extraerlo de los yacimientos isleños de Cornualles en Inglaterra. Ese comercio de intercambio, de troque, no era directo. Múltiples factorías iban transportando por etapas a lo largo de todo el Mediterráneo, no sólo el estaño sino otros minerales metálicos y otros productos abundantes en Iberia. Esos centros transmisores se encuentran en Sicilia, en Libia, en las Baleares; y así alcanzan los cretenses a conectar con la fabulosa Tartesia, factor determinante de su florecimiento. Con él se produce un inevitable intercambio cultural de influencia recíproca. El apogeo de la civilización cretense se sitúa entre 1900 y 1400. En esta última fecha da fin la época cretense y la dinastía de los minósidas perece a manos de los indoeuropeos, acaenos, que ya se han afirmado en la tierra peninsular.

Como de costumbre, las ciudades son arrasadas. Con ellas, los palacios de una suntuosidad fabulosa, cual Cnosso, que tanto ha dado que hablar a los arqueólogos de nuestros días. Una nueva fase en el proceso de la civilización helénica se inicia, Grecia, que había sido iniciada y por lo tanto influenciada por Cretas, cambia de inspiración como cambia de gusto artístico la isla, dominada ahora por los indoeuropeos, de gusto brutal y sin espiritualidad artística. « ...después de la caída de Cnosso, cambios profundos se manifiestan, a menudo lamentables. Los guerreros acaenos



La civilización egipcia, precursora de la helénica.

• Pasa a la página 13 •

El humorismo de Pérez de Ayala

POR

J. Chicharro de León

(Continuación)

BELARMINO es, en efecto, un como filósofo, un filósofo en su género. Se trata de un creador original. En verdad, la originalidad del personaje es estupenda. Decimos que el filósofo ensancha el sentido de las palabras y nadie puede negar tal axioma. Del mismo modo, el zapatero, por obra y gracia de las hormas que emplea, ensancha el calzado. Este zapatero original, tras meditado estudio, ha llegado a crear su propio lenguaje filosófico. Alcanza tal altura en sus elucubraciones filosóficas, que, a fuerza de expresarlas por términos que nadie entiende, llega a tener miedo de olvidar su propia lengua y, para evitar mal semejante, enseña a una urraca a recitar versos y discursos, que le recuerdan el lenguaje de su niñez.

La nota humorística salta viva e inevitable. Pérez de Ayala se complace en su personaje y se recrea en su creación, animado de una ironía amable y jovial, que tiene mucho de la de Cervantes.

El apellido contrasta con el nombre propio. Este guapote pueblerino se llamaba Caramanzana, esto es, « cara de manzana ». El autor nos lo dice al hablar del hijo de Apolonio: « Tenía la cara fresca, coloradina y alegre como una manzana » (22).

Este ser apolíneo, rival de Belarmino, era también zapatero: zapatero y autor dramático, es decir, un creador en su género a la manera del bueno de Belarmino. El uno es la inteligencia pensante, que guarda el silencio y vive reconcentrada en sí misma; el otro es la palabra viva, el verbo que tiende a exteriorizarse con violencia y busca la comunicación directa con los demás seres a fin de atraérselos. Aunque el autor no nos hubiera descrito tal personaje, lo hubiéramos imaginado sin esfuerzo al leer su nombre y apellido: Apolonio Caramanzana. Esto lo dice todo. La ironía

del autor español muestra su rica vena. No es difícil imaginar que la risa humorística de Pérez de Ayala debió sonar sin tapujos al describirnos a este segundo zapatero, que tenía tienda puesta.

Debió suceder lo mismo cuando empezó a hablar del hijo de Apolonio, esto es, de Perico, Pedrito o don Guillén — todos estos nombres se le dan — llamado Camuesín por la duquesa de Somavia, su protectora, cuando el padre y el hijo vienen a visitarla.

En efecto, padre e hijo llegan a casa de la duquesa. Esta, que se expresa con cierta crudeza, dice al recibirlos: « Con que éste es el gran Apolonio Caramanzana y éste otro el Camuesín ». (67). Sabido es que « camuesín » es diminutivo de camueso, que se opone en cuanto al género a camuesa, que es manzana olorosa y fragante, aunque no grande. El razonamiento de la duquesa es claro:

si el padre es verdadera « manzana », el hijo no podrá alcanzar sino la categoría de camuesa, es decir, de « camuesín ». Es preciso respetar las jerarquías sociales, aunque sea contra las leyes de la gramática.

El humorismo ayalino resalta una vez más mordaz, penetrante, agudo. Se expresa aquí con desenvoltura particular, que sienta de perilla a la duquesa de quien hablaré pronto. Se trata de un humorismo populachero y retozón. Hablemos de don Pedrito.

Don Pedrito, flamante sacerdote, parece, dice el autor, « un santo de cartón piedra, recién salido de los moldes y acabadito de pintar » (17). Lleva sotana de merino lustroso, como barnizado; al vivo del alzacuello, una pinceladita de morado ardiente, casi carmín; el afeitado de bigote y barba, color violeta y azulenco pálidos; el resto del rostro, rojo vehemente y bruñido; los ojos profundos y negros... Superada esta primera e insulsa impresión de santito alfeñicado, de la fisonomía del sacerdote emanaba un no sé qué de personal y sugestivo... Como era guapito y hartó joven para la dignidad eclesiástica que ostentaba, quizás algún malicioso presumiese que la había alcanzado mediante el favor de las omnipotentes faldas » (1).

Subrayemos estas últimas frases: *quiza algún malicioso presumiese... favor de las omnipotentes faldas... No hay que ir demasiado lejos para hallar al malicioso: el autor mismo, que rebosa cachazuda zumba, sabe bien que son las « omnipotentes » faldas de una duquesa las que han contribuido al encumbramiento rápido del joven sacerdote. Si otras faldas existen, aunque sea de tapadillo, nada sabemos, ya que el autor lo calla.*

Los términos diminutivos que el autor emplea al hablar de don Pedrito, nos prueban, sin sombra de duda, que un hormigueo malicioso cosquillea a Pérez de Ayala cuando de gente de iglesia se trata. Esos diminutivos están impregna-

dos de sentido humorístico, cuanto despectivo: *acabadito de pintar, pinceladita, santito, guapito.*

Pues bien, ese santito, antes de ser sacerdote, había hecho mangas y capirotes con la hija adoptiva de Belarmino, esto es, la había raptado, se « la había llevado », que dicen los andaluces. Si no se casa con ella, es porque a la unión se opuso la duquesa de Somavia, que soñaba para el guapito sacerdote altas dignidades en la iglesia.

Es posible que mi imaginación se extravíe al prejuizar las intenciones de Pérez de Ayala, pero me parece oír una como risa burlona, por no decir una como carcajada franca, al describir la figura de don Pedrito.

Tratemos de comprobarlo. Afirma nuestro autor que este personaje no tenía nada de un seductor, de « un hombre à femmes », dice él textualmente, ni tampoco ribetes de « un Periquito entre ellas » (17). Creo notar que, al bromear, quiere el escritor asturiano despertar nuestra propia malicia, ya que él mismo ha pensado, como nosotros en « Periquito entre ellas », en esa especie de guapito don Juan, con sotana y todo, que era la « coqueluche des dames », un castigador, que dicen los castizos de Madrid.

El nombre de don Guillén le fué aplicado por casualidad. En efecto, cuando don Pedrito fué a Madrid, se alojó en una casa de huéspedes. Durante la comida, habla con los demás comensales y, al preguntarle cómo se llamaba o cómo le agradaría ser llamado, responde que le es igual un nombre que otro. Hablaban precisamente en aquel momento de Guillén de Castro. Por ello, deciden llamarle don Guillén.

Este joven sacerdote no es, en realidad, sino la representación viva de tantos jóvenes españoles que revisten la sotana, no por vocación honda y sentida, sino por imposición paternal o sumisión a protector tan cerril como adinerado.

Creo que el autor adopta, en lo que concierne al joven sacerdote, un tono humorístico que tiene mucho de malicioso y no poco de mal intencionado. Se trata de verdadera sátira.

La hija adoptiva de Belarmino se llama Angustias. Es la joven seducida por el joven don Pedrito. Tiene un nombre la pobre que lleva en sí mismo los gérmenes de la desgracia, es un llamamiento al dolor.

Angustias, dice el autor, « era joven y agraciada, paciente, trigueña sin adobos ni rosicleres... Se parecía a una virgen de Rafael, algo ajada » (20-21). Si el nombre propio es sugestivo, el retrato es sugerente en extremo, ya que da a entender más de lo que aparentemente dice.

En efecto, esta joven, tan bonita como desgraciada, tiene un nombre predestinado, que es signo de mala suerte. No podemos cambiárselo. Se llama Angustias y tendrá que apenar con tal voquib'e hasta el fin de sus días, que no serán felices.

La malicia de Pérez de Ayala halla nueva ocasión para aparecer diáfana. Si Belarmino se llama Pinto, es natural que su hija adoptiva reciba el remoquete de « la Pinta ». ¿Qué sentido daremos a este apodo, que es nombre desfigurado?

Permitid que dé rienda suelta a la imaginación. No puedo atribuir a tal motajo un sentido distinto del que se le da en términos vulgares o jergales, cuando se dice de alguien que es « un pinta ». Ella, en sí misma, no era mala, sino más bien víctima propiciatoria de su mal destino; pero el vulgo no tiene entrañas, es decir, es un « malentrañado » cuando se trata de la virtud caída, de la dignidad venida a menos. El medio social en que la Pinta se movía, nos recuerda los bajos fondos de la novela picaresca española, donde no se habla sino el lenguaje de germanía. Basta oír los nombres de « Tirabeque », la « Piernavieja », para convencerse de ello. Tal vez se me convierta en traidor al pensamiento ayalino, si doy al remoquete de « Angustias », esto es, al término pinta, un significado análogo al vocablo jergal « guaja », que vale « coquine », friponne ».

No hay aquí verdadero humorismo, sino más bien amargura honda, una como sonrisa triste que no podrá llegar a carcajada.

No olvidemos que la Virgen de las Angustias es célebre en España y que lleva siete cuchillos, que son espadas, clavados en el pecho. Por una lógica asociación de ideas, al hablar de angustias, viene a las mentes la locución « paño de lágrimas ».

(Continuará)

PABLO CASALS EN PARÍS

COMO si se tratara de un « adiós », con vuelta posible, pero incierta. Porque el maestro se va a Puerto Rico, país cálido y colorido; para un catalán menos evocador que el monte Canigó, pero menos frío.

Se pretextó un aniversario: los 80 años de Pablo, cosa que relativamente importa, importando también rendir homenaje al hombre de arte y libertad.

El día 11 de octubre por la noche el gran anfiteatro de la Sorbona estaba atestado de público, embargado por un sentimiento de lealtad y por un goce elevadísimo: el de la música. Tal vez intempestivos, nosotros recordaremos que en un 13 y en un 14 de octubre ajenos acontecieron los aniversarios de los fusilamientos de Francisco Ferrer Guardia y de Luis Companys Jové en el castillo de Montjuich de la que podría ser dulce Barcelona, la ciudad preferida de Casals y que prefiere a Casals en los sentidos artístico y político.

La famosa Orquesta Lamoreux, dirigida por el maestro Martinon, ejecutó en primera parte una agradable evocación de Rameau y la imponderable « Sinfonía en sí bemol » del inagotable Mozart. Bajo la batuta del homenajeado la propia Orquesta ejecutó la dulce « Elegía » de Fauré y « Los Reyes Magos » y « La sardana » correspondientes al ciclo neolítico compuesto por el propio Casals. Fue impresionante oír la interpretación de ambas piezas casalsianas acometidas por cien violoncelistas, entre los cuales se contaban los virtuosos Gaspar Cassadó, Andrés Lévy, Andrés Navarra, Bazeleire, Maréchal, Pasquier.

Obligado por los aplausos, el maestro ejecutó su proverbial « Cant dels ocells » (sardana la más tradicional en Cataluña) y la « Zarabanda » de J. S. Bach. En presentación de Pablo había elogiosamente y elogiamente perorado el rector universitario Sarrailh, corriendo a cargo del director de la Escuela Normal la explicación de los fragmentos del « Oratorio de Navidad » de Casals compositor, y de los cuales más arriba se hace referencia.

Al día siguiente unos doscientos comensales ofrecieron cena de amistad al maestro en el restorán Picadilly de los Campos Eliseos.

El maestro Pablo Casals puede partir hacia su lejano refugio invernal muy seguro de dejar en Europa innúmeras y seguras amistades.

Juan Ferrer



Mundo es así

por ZENON



UN SOCIALISTA QUE APUNTA DESPUES DE DISPARAR.

— Los republicanos españoles nunca creyeron que podrían derrocar la monarquía sin el concurso del ejército. Todavía durante la dictadura de Primo de Rivera, los republicanos españoles anduvimos conspirando con

algunos generales, los que apenas instaurada la República se apresuraron a sublevarse contra ella. Los militares juegan y ganan siempre con todas las cartas. Cometimos el error los españoles de no abolir el ejército permanente al instaurarse pacíficamente la República en 1931. — Luis Araquistain, Suplemento de la revista « Cuadernos », París, enero-febrero de 1956.

OTRO SOCIALISTA MAL CAZADOR, CAZADO POR EL PODER. — La burguesía era un Estado Mayor sin ejército. El sufragio universal le dió el ejército que necesitaba para mantenerse en el poder. Toda intervención electoral de la clase obrera gira fatalmente en provecho de su enemiga, la burguesía. — Jules Guesde, « Almanach du Peuple », 1873.

TODAVIA UN SOCIALISTA INEFICAZ. — Hay en el mundo dos influencias verdaderamente efectivas: la del catolicismo y la del comunismo; y hay otras dos solidaridades ineficaces, sin apenas más eco que el declamatorio: el socialismo y el sindicalismo. Si cualquiera de estas dos últimas tuviera realidad, Franco no continuaría en el poder. — Indalecio Prieto, « El Socialista », 16 diciembre, 1948.

VERDADERO HOMBRE LIBRE. — El pintor Courbet dirigió una histórica e inolvidable carta al ministro o primer jerarca oficial de Bellas Artes, diciéndole al pie de la letra: Permítame, señor ministro, que renuncie a la cruz de la Legión de Honor que trata de concederme. Tengo cincuenta años y viví siempre en plena libertad. Cuando me muera tendrá que decirse de mí: No perteneció a ninguna escuela, a ninguna confesión religiosa, a ninguna institución, a ninguna Academia, a ningún régimen. — Comunicación del 25 de junio de 1870, reproducida en la prensa francesa del 6 enero 1956.

AMOR NO FORZOSO A LA PASAMANERIA. — Vivimos en una época tan rara, que precisa gozar de una situación formidable para rechazar una condecoración. — Sacha Guitry, « France - Dimanche », n° 493.

PALABRAS DEL FUNDADOR DE LA GUARDIA DE ASALTO. — La revolución española fué para mí una bendición puesto que me permitió hallar el buen camino. Siendo ministro español de Comunicaciones en 1937 y de Gobernación en 1938, el protocolo y la falta de tiempo para la diversión voluntaria me impedían contactar con las cazuelas. Hay quien prefiere la jardinería, pero yo prefiero la cocina. — Angel Galarza, ex-ministro español, actualmente cocinero en un restaurant de París. Nota de la prensa francesa, 24-6-56. Este Galarza fué animador de los guardias de Asalto.

NUEVO EXAMEN DE INGENIOS. — El orador discursaba incansablemente en un acto público (Inglaterra), de pronto, el presidente de mesa se permite interrumpir al tribuno, que calla un tanto sorprendido, mientras el que preside hace un vibrante llamamiento al público para que por respeto al insigne y portentoso orador permanezca de pie. Como el tremendo hablador observa, dirigiéndose por lo bajo al presidente, que no merece el honor de ser escuchado de pie, contesta el que preside, también en voz baja: No se trata de honor, señor mío; si recomiendo que los oyentes escuchen de pie es para que no se duerman. — Mistorieta de Malenkov relatando de sobremesa en Rusia lo que observó cuando visitaba Inglaterra. Nota de la prensa francesa del 24 marzo de 1956.

BUEN PRINCIPIO. — Para el hombre de carácter es preferible soñar en la mujer no vulgar que conseguir de una mujer vulgar todo lo que ésta pueda dar. — Stendhal.

¡ GORA EUZKADI ! — ¿Cuál fué la organización del pueblo vasco en su apogeo? La de territorios diversos: Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Alava, Leburdi, Zuberoa... Y sin embargo, nadie puede negar que todos ellos tenían una comunidad de origen, vida, intereses y aspiraciones. ¿Por qué, pues, esa multiplicidad? La respuesta hemos de hallarla una vez más en el caserío... El etxeko-jau (caserío) se siente libre, es soberano de sus tierras y se aísla en ellas para vivir. Pero celoso de esa libertad familiar, no tiene inconveniente en ayudar y ser ayudado por los vecinos, con los que forma una comunidad que abarca el valle en que todos viven. Así surge sin explotadores la aldea, agrupación libre de caseríos libres... En Luyandón (Alava) hay una lápida que dice: « Este es el sitio del árbol de Malato... Los vascos estaban obligados a luchar solamente hasta este lugar límite sin invadir suelo ajeno, aún ante un ejército derrotado ». — Jesús de Galindez, víctima del absolutismo dominicano, texto de su obra « El derecho vasco », Buenos Aires, 1947, Editorial Ekin, páginas 140, 141 y 80 (gráfico).

CRITICO AVISADO DEL REALISMO VELAZQUEÑO. — Cuentan que al visitar Teófilo Gautier por primera vez el madrileño Museo del Prado y hallarse frente al famoso cuadro de Velázquez, « Las meninas », se dirigió a sus acompañantes y les dijo: ¿Dónde está el cuadro? Esta frase puede parecer una salida de tono o una exageración del escritor francés. En cierto modo resulta lógica por que en « Las meninas » no hay en realidad cuadro. El marco parece corresponder a una ventana... Por encima del gran listón horizontal de la parte inferior del lienzo podemos pasar la puerta y saltar. — Vicente Blasco Ibáñez, discurso en la Exposición Valenciana, 19 febrero 1911, texto de « El Pueblo » de Valencia, reproducido recientemente por A. Carsi.

BANDO DE ALCALDE EXPEDITIVO. — Artículo 1°: El transporte, así como el uso de la bomba atómica, quedan rigurosamente prohibidos en este término municipal de Fontaine-de-Vaucluse. Artículo 2°: El tambor municipal queda encargado de ejecutar este bando. — « Le Monde », 31 marzo 1950.

LA DIVISION DEL MIEDO AZUL. — Juzgados como tropa, los españoles forman una banda de andrajosos. Los centinelas no existen mas que en principio: o no están en su sitio o se duermen, y cuando llegan los rusos, son los naturales del país quienes tienen que desperterlos. — Hitler, « Soli », 26 julio 1952.

PURA LOGICA. — Sólo el error necesita ayuda del gobierno; la verdad puede existir por sí misma. — Jefferson, tercer presidente de los Estados Unidos (1743-1826).

DISCRIMINACION. — La diferencia entre tontos y sabios consiste en que los tontos dicen tonterías y los sabios las hacen. — Larra.

YA LO DECIAMOS. — La raza hebrea era propietaria (siglos XI y XII) de una tercera parte del territorio de Barcelona. — F. de Bofarull, « Los judíos en el territorio de Barcelona desde el siglo X al XIII », págs 5 y 14.

RECORDEMOS EN ESTE CINICO SIGLO QUE... — Dans les temps bienheureux du monde en son enfance — chacun mettait sa gloire en sa seule innocence. — Boileau, sát. V.

HUMOR POMPEYANO. — Invitado Pompeyo Gener a comer espléndidamente con un amigo, no pudo sustraerse a la costumbre de leer el periódico mientras comía a pesar de la incorrección del caso. ¿Viene bueno el periódico? preguntó el anfitrión. — A lo que contestó el tremendo Peyus: No sé si lo que tanto me gusta es el artículo de fondo o el salomillo. — De un calendario de pared, 9 septiembre 1956.

AGUDEZA. — Si por gran señor se tiene el que manda por otro, mayor lo será quien desobedece por sí. — Silverio Lanza.

ESCRIBIR ES LLORAR. — Al volver del Retiro para su casa, el escritor Armando Palacio Valdés entraba en una vaquería de la calle de La Gasca por la tarde y tomaba allí un vaso de leche con bollo. El vaquero, de origen asturiano como Palacio Valdés, ignoraba la personalidad del cliente. Alguien se la descubrió al tendero, quien aprovechó ocasión inmediata para decirle a Palacio Valdés: Ya sé que escribe en papeles y libros. No le dé vergüenza, pobrín... — F. Serrano, « Heraldo de Aragón », 29 enero 1950.

DEDICATORIA. — A celles de mes grand mères qui venant d'Espagne a peut-être apporté la poésie à notre famille. — Maurice Rostand firma esta dedicatoria al frente de su obra « Une jeune fille espagnole », estrenada en el teatro Sarah Bernhardt de París, el 10 de enero de 1932. El texto de la obra se publicó en « La Petite Illustration », 13, rue Saint-Georges, París, el 26 marzo 1932.

GRAN EVIDENCIA. — Seis o siete haraganes viven a costa del salario de cada trabajador negro. — Encuesta sobre el Africa Ecuatorial Francesa, por André Fontain, 12 septiembre 1956.

TREMENDISMO LITERARIO. — Se cuentan ingeniosas anécdotas de Juan Nicasio Gallego, poeta zamorano de principios del siglo XIX y hombre de humor tan oportuno como incisivo. Cierro joven poetaastro pedante y laberíntico se le acercó un día pidiéndole por favor que escuchara una composición todavía caliente, recién salida del cacumen. Por magnanimidad, que J. N. Gallego suponía por anticipado mal empleada, se prestó a escuchar pacientemente hasta que enmudeció el poetaastro en espera de lo que tuviera a bien expresar el admirado crítico. El cual no entendió palabra de la composición y rogó al poetaastro que le explicara lo que había querido decir. — He querido decir tal cosa, don Juan Nicasio — resumió el poeta —. ¿Y por qué no lo ha dicho? — interrrogó el maestro. — Calendario de pared, 16 septiembre 1956.

DIALOGO TITO - CHURCHILL. — ¿Qué salario por término medio percibe un obrero inglés, Mr Churchill? — Unas 40 libras al mes, amigo Tito. — ¿Y qué necesita para vivir? — De 30 a 35 libras. — ¿Qué hace con lo que resta? — Lo que quiere, porque la Gran Bretaña es un país libre y la inversión de cualquier sobrante es cosa del operario, de nadie más. Me interesaría conocer de Yugoslavia lo que me preguntó de Inglaterra... Dígame, amigo Tito, ¿cuánto gana un obrero al mes en su país? — Unos 12 mil dinars. — ¿Y qué necesita para vivir un poco decorosamente? — Pues unos 30 mil dinars. — ¿Y cómo se las arregla? — Siendo Yugoslavia un país libre, no le importa eso a nadie más que al obrero mismo. — « New York Times ».

A PESAR DE TODO. ... Nuestra desgracia o nuestra fortuna consiste en que esta época todo lo presenta como problemático: relación entre sexos, obreros y patronos, naciones y continentes, política y religión... La envergadura inmensa del problema de la época justifica a pesar de todo nuestra reivindicación de

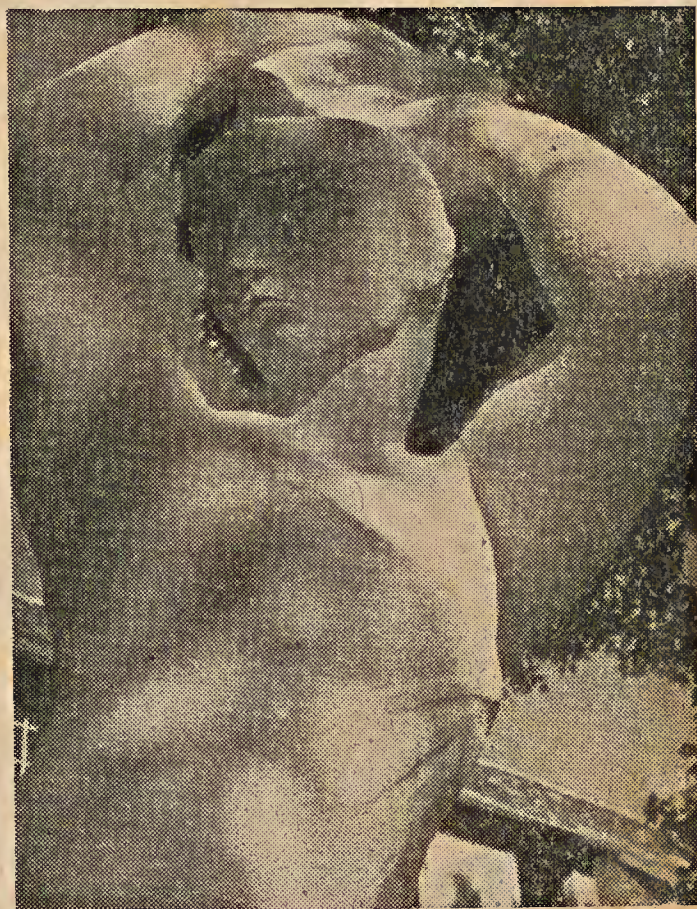
libertad integral. — I Silone, « Volontà » de Génova-Sestri, número de septiembre.

OIGAN LOS RADICALES... — Gambetta resumio un día su pensamiento en este grito de alarma: ¡ El clericalismo es el enemigo ! ¡ hoy, triste es reconocerlo, el grito de Gambetta ha quedado reducido a la mezquina condición de recurso electoral empleado por radicales de oropel. No se olvide que desde el burgués contribuyente directo de íntima clase, donde empieza la demarcación del privilegio, siguiendo hasta la cumbre de la riqueza y del mando tenemos los desheredados del patrimonio universal muchas clases de enemigos, inscritos todos en el registro de la propiedad, que es lo que les une... Por eso, imitando la frase de Gambetta podemos decir: ¡ El enemigo es el propietario ! — Anselmo Lorenzo, « El poseedor romano », reedición S.O. reciente, págs. 18 y 19.

MEDICINA E HIPOCRESIA. — Un poeta muy engreído de su propio talento gastaba mucho tiempo en componer poesías que luego casi nadie o nadie leía ni quería oír recitar. Herido en lo más hondo de su amor propio fué acumulando melancólica misantropía y perdió la salud. Acude a un médico. Entiende éste muy bien de qué se trata y, después de escuchar la larga narración de los síntomas del « enfermo », le pregunta con discreción: ¿ Tiene usted algunos versos recientes que nadie haya tenido aún el placer de escuchar? — « ¡ Oh, sí ! », replica el enfermo. El doctor le ruega que se los declame. Tras larga declamación, el médico, deseando regustar algún pasaje, le ruega que repita todo. Y le aplaude. El cliente poeta salió de tal médico muy mejorado de salud. — Hoja de calendario, 30 septiembre 1956.

PARA SEDUCIR, TODO ES CUESTION DE UNIFORME. — Semanas atrás, un joven de 21 años asesinó en el bosque de Bolonia a una japonesa bastante más vieja que él, que no se quería casar con el suspirante. El asesino, que coleccionaba todavía viñetas o cromos de los que salen en el chocolate, se había vestido de uniforme para seducir a la japonesa. — Prensa semanal del 21 al 27 septiembre 1956.

MILLONES Y CALABAZAS. — Anunciaba un editor que va a publicar cierto libro con páginas seleccionadas del Quijote y gráficos de Dalí. Cada ejemplar se venderá a 12 millones y medio de francos. El que se suscriba anticipadamente, como compromisario podrá adquirir el libro en cuestión por una friolera: 10 millones. — Prensa francesa del 22 septiembre 1956.



BESANÇON : El Hombre Libre, monumento dedicado a Proudhon.

La escena

«LA REINE ET LES INSURGÉS»

Drama de Ugo Betti. — Adaptación francesa de Yves Brainville. — Dirección escénica de Michel Vitold. — Decorados y trajes de Jacques Noel. — Intérpretes: Edwige Feuillère, Michel Vitold, Michel Piccoli, Maria Pacome, Charles Lavialle, Michel Salina, Maurice Nasil, etc. — Teatro « de la Renaissance ».

Al prestigio mundial de que gozaba entre los amantes del teatro el comediógrafo italiano recientemente fallecido, se debe la presentación de este drama en París, que por sus propios méritos no debería haber atravesado tan fácilmente los obstáculos alpinos, y al presentarlo ante el público de la capital francesa, que todavía recuerda con agrado « L'île des chèvres », se condena a éste a una decepción inevitable.

Puede catalogarse el drama entre los de tesis que han florecido en los años posteriores a la guerra, basados en argumentos con pretensiones de alcance social. Solamente, que aquí los personajes son más personales, y, a pesar de algunas generalizaciones en el diálogo, en ningún momento el pensamiento se impone a la acción. El drama resulta, pues, de personas y no de ideologías.

Nada tendría que objetar si la trama se deslizase con naturalidad, pero una serie de convencionalismos, algunos de ellos casi infantiles, me han impedido, y supongo que a buena parte del público, el interesarme decididamente en la obra.

De ella se extrae sin dificultad una moraleja de la que trataré más adelante, pero está encerrada en una serie de vulgaridades y entre personajes tan repelentes que los únicos sentimientos que despiertan son el discurso y el desprecio, como ese pobre Raim, egoísta y cobarde al que se le hacen representar en el transcurso de los tres actos tal cantidad de bajezas y se le obliga a decir tantas majaderías, que el hombre debe quedar satisfecho al salir a la calle y dejar entre los bastidores al antipático personaje.

Entre las muchas infantilidades puede contarse la falta de reacción del comisario político especialmente encargado de la busca y captura de elementos reaccionarios, cuando Raim, que ignora su identidad, le hace revelaciones sobre sus proyectos, que la más elemental prudencia en un hombre al que se presenta carente de escrúpulos, obligaría a callar.

Cito como botón de muestra del nivel « intelectual » de la obra: « Las revoluciones no sirven para nada. Unos comen chuletas y otros patatas. Llega la revolución y como el número de filetes no varía, siempre hay quien trague chuletas y quien engulle las patatas. La solución está en ponerse siempre en el grupo de la carne ». El más simple raciocinio hace ver que el número de chuletas puede variar y que también pueden repartirse alternativamente con los que comen las patatas, y esto sin necesidad de entrar en disquisiciones sobre la importancia espiritual de las revoluciones. Pues argumentación tan simplista encontró acogida en la linda cabeza de una damisela de cuya boca escuché al salir su conformidad con la teoría. Seguramente que entre el público de París, el más intelectual del mundo, no habrá muchas cabezas de chorlito como la citada.

La acción se desarrolla cerca de la frontera de un país en el que la revolución mantiene una dura lucha contra la monarquía desde hace varios años. La reina Isabel, sin parentesco alguno con su homónima británica, se sospecha que tiene intención de cruzar la frontera y se ha redoblado la vigilancia para impedir que se escape.

A una casa destartada llega, detenido, un grupo de viajeros entre los que se encuentran dos mujeres. Una de ellas es la reina y muere, y la otra, una meretriz, se ve acusada por sus finas manos y por su arrogancia de ser la soberana depuesta. Por dignidad acepta de entrar en el juego y en él sigue hasta el final.

Ugo Betti no ha sido muy compasivo con la reina. Ha hecho de ella un pelele sin voluntad, dominada por un pánico espantoso y sin ninguna vergüenza. Cuando un hombre la mira, temerosa de ser delatada, se entrega a él, ya sea aristócrata o bracero. Son muchos sus antiguos súbditos que han tenido tal satisfacción, y como consecuencia, hay un hijo suyo en alguna aldehuela perdida

manera. La reina, abúlica por haber tenido una vida fácil desde la infancia, y aterrorizada por lo que ha visto desde que empezó la lucha, busca únicamente su salvación personal; el instinto de conservación se ha apoderado completamente de su espíritu, y ha nacido en ella la obsesión de librarse del martirio físico. No sería extraño que ante circunstancias menos trágicas, algu-



UGO BETTI.

entre las montañas y lleva otro en su vientre.

Frente a ella, Argia, que ha sufrido en su vida toda clase de vejámenes ve abrirse ante sus ojos la posibilidad de ser digna. Por la primera vez, ocupa un lugar preminente y ve a los demás pendientes de sus palabras, impacientes, atentos. Su dignidad se despierta. Adquiere la sensación de su propio valer al ver la cobardía y la crueldad de quienes la rodean. A las amenazas responde con arrogancia que el comisario califica de « real », viendo en su actitud el empaque de la soberana acostumbrada a mandar, y un poco debido a las circunstancias y otro poco a la inclinación que se ha despertado en ella por un papel de mujer a la que se le considera por algo más que por sus encantos físicos, manteniéndose con nobleza hasta su ejecución.

Es precisamente aquí donde existe menos inverosimilitud. Casi todo el mundo sabe que los héroes se manifiestan debido a la concurrencia de una serie de factores que actuando aisladamente harían obrar al mismo individuo de distinta

manera. La reina, abúlica por haber tenido una vida fácil desde la infancia, y aterrorizada por lo que ha visto desde que empezó la lucha, busca únicamente su salvación personal; el instinto de conservación se ha apoderado completamente de su espíritu, y ha nacido en ella la obsesión de librarse del martirio físico. No sería extraño que ante circunstancias menos trágicas, algu-

nos presuntuosos monarcas tuviesen parecido comportamiento, por lo menos aquellos en los que falta la percepción de ser depositarios de algún valor superior que les obliga a sobreponerse a las dificultades personales para salvaguardarlo, o en los que la propia dignidad no es lo bastante señera.

En cuanto a la prostituta, su permanencia en la actitud digna, que contrasta tan abiertamente con sus dejaciones anteriores, es una tentación muy fuerte, y aun a riesgo de su vida, de una vida que ya empieza a pesarle, se ensoberbece ante los que anteriormente la humillaron, manifestando así que entre una hembra y una reina debe haber menos diferencia que la que pudiera imaginarse.

La pantalla

«AMIS POUR LA VIE»

Película italiana que ha obtenido el premio de la « Oficina Católica Internacional del Cine » en la última « Mostra » de Venecia. — Título original: « Amici per la pelle ». — Dirigida por Franco Rossi. — Interpretada por Gerónimo Meynier, Franco Andrea Scire, Luigi Tossi, etc.

NO podrá acusárenos de ser adustos con los niños, pero en cuestiones cinematográficas el empleo de ellos nos predispone a cierta desconfianza, como si tuviésemos la sensación, corroborada en la inmensa mayoría de los casos, de que se coloca a la infancia en primera línea para impedir al crítico que dispare sus baterías sobre la carne inocente y al mismo tiempo para remover la tierna sensibilidad de las almas cándidas.

« Amici per la pelle », título que expresa mejor las condiciones de entrafamiento que la traducción que se ha hecho para el público francés, es prototipo de películas sensibleras. Se reduce el asunto a las peripecias que sufre la amistad de dos jovencuelos de una docena de años y, como previsto, no falta nada de lo que es clásico en esta especie de pastelería: el niño huérfano, el padre rico, las sucesivas elevaciones o descensos de la afección, las incomprensiones, las

lágrimas, los morritos fruncidos, los tiernos abrazos y todas esas cosas más que pueden imaginarse.

Podrá objetarse que al aluvión de películas de tiros y de violencias, o de amores desafiados, bien está que se le mezcle, para cambiar el ambiente, una cinta rosa y azul pálidos, pero es que si este tipo de películas no tienen un poco de auténtica poesía, de vibración humana, y se reducen a los efectos fáciles que pueden obtenerse con dos muchachos que se enfadan y se reconcilian, resultan tan insoportables como las peores y mucho más ñoñas que ellas.

A este rollo se le ha concedido un premio en el último Festival de Venecia por un organismo católico. ¿A qué méritos? Nosotros querríamos saberlo, pero en la imposibilidad de que se nos den aclaraciones, debemos limitarnos a las conjeturas. Parece ser que el criterio de tales censores se reduce a buscar un argumento realizado de forma no escandalosa y en el que todas las preocupaciones de los personajes no sobrepasen el nivel de su propia vida. Cada frase que pueda tener una interpretación transcendente, o que sea capaz de despertar una idea o preocupación de cualquier clase, filosófica, social, etc., es un punto que se pierde en la benevolencia de los jueces.

Aparte de las inquietudes de tipo religioso, que no deben ser

tales inquietudes sino afirmaciones de la excelencia de una doctrina, lo que sigue en méritos es la calma chicha de la vida cotidiana en las que los problemas son personales y que puede resolver el confesor con sus consejos.

« Marty », uno de los rollos premiados por esos señores, es la única excepción, porque tenía un hondo sabor humano, era la explicación de un estado de ánimo. La película, excelente, era una fiel representación de la vida.

En « Amis pour la vie », la amistad de dos muchachos no puede tener la misma fuerza sugestiva, porque el dilema en el que se debaten los dos pequeños protagonistas, la amistad infantil, es mucho menos trágico que el soportado en « Marty » por dos adultos en una encrucijada de los caminos del corazón.

Un par de premios más por el estilo del presente, y obtener el galardón de la « Oficina Católica Internacional del Cine » equivaldrá a calificar la cinta de pura gazmoñería.

Y menos mal que la cámara tiene suficiente movilidad y que, como ya nos tiene acostumbrados el cine italiano, de vez en cuando se nos ofrece algún detalle sabroso capaz de aliar la cinta más soporífera que pueda imaginarse. Hasta se permite alguna libertad juguetona « con la venia de la autoridad eclesiástica ».

Franco Rossi ha hecho la obra que podía esperarse de tal argumento; el equipo técnico se mantiene en un nivel muy decoroso y la interpretación, mucho más ajustada en los adultos, deja ver en los chavales la inseguridad que la sabia labor directora no ha conseguido alejar.

FEDERICO AZORIN.



BRUNO WALTER
Famoso director de orquesta, genial intérprete de Beethoven y Brahms.

FRANCISCO FRAK.

II y último



El cine nació como un juguete. Lo que tiene de estampa, de calcomanía, de teatro guiñol, de sombras chinescas y de caja de música, le ganó la curiosidad infantil y despertó hasta en los hombres más huraños sus inocentes reservas escondidas; pero lo que tiene de cámara oscura, en la que entra y se aísla persona, fué lo que le conquistó más prosélitos. Siendo un espectáculo de espectador que queda solo y solitario en la sala oscura, sin conexión con la totalidad ni con el vecino más inmediato. Como allí nadie se ve, no se crea esa atmósfera aglutinante que liga los sentimientos y forma la conciencia colectiva. El espectador del cine es más puro que el del teatro y que el del circo, y más que el devoto de las iglesias; está más despegado del asiento y más dispuesto al rapto. En la sombra y solo, se ofrece dócil al éxtasis como el místico en la noche oscura de su entrega. Llorar, reír y se estremece como un ingenuo fantasma abandonado.

Creo que el hombre nunca se ha entregado más y ha dejado tan sueltos los hilos y los resortes de la voluntad, de la conciencia y del pudor, y que nunca se ha ofrecido tan abiertamente a la admiración y a la sorpresa. Solo y en tinieblas, se ha atrevido a poner su corazón en el regazo para que hagan con él lo que quieran. ¡Y el poeta allá lejos, en su torre!

Pero los gitanos y los buhoneros no vieron en las primeras barracas de los cines más que payos y bobalicones en el rebaño y en la oscuridad; y el comerciante, psicólogo sin escrúpulos, descubrió allí una mina, y clavó en aquella tierra inocente la piqueta despiadada de su ambición.

Entonces debió nacer el cine teatral, el cuento cinematográfico, con los mismos temblores elementales que la vieja Tragedia y que el Drama Medieval, y con el mismo público religioso y popular que llenó el pórtico de las abadías y el atrio de las primeras catedrales.

La Iglesia, lejana, esta vez no vio ni el « misterio », ni el negocio, y se dejó ganar la partida.

Ahora comienzan a conchavarse, el mercader y el arzobispo. (Y el Poeta allá lejos, en las nubes..., en la estratósfera. ¡Qué haces ahí, estúpido, afinando las cuerdas de una citara anacrónica, que ya no la escuchan ni los pájaros ni el viento! Baja aquí, apodérate de esa cuartilla blanca, de esa ventana abierta a todos los milagros..., de esa ventana que es tuya, que te ha robado el mercader..., y escribe en ella tu poema antes que se la apropie el arzobispo.)

El cine está en una lucha de transición, como todas las cosas que hoy se debaten en este planeta abollado y verrugoso. Y hablar de esta lucha específica y aparentemente frívola del cine es hablar de la lucha honda y sustantiva que bambolea todos los cimientos del planeta. Todo es metafísico y trascendente en esta hora de erupciones y derrumbes.

Y esta lucha que se presenta aquí ahora, en este campo de feria y de tablado, una vez más es la lucha ya vieja entre la máquina y el hombre. Y el problema es el mismo que el que plantean el avión y la máquina de hacer zapatos. ¿Para qué sirve la máquina? ¿Para que se enriquezcan unos cuantos o para levantar al hombre? ¿Para qué sirve la técnica? ¿Para crear cadenas o para romper cadenas? ¿Y para qué nació el cine? ¿Para envilecer el arte o para ennoblecerlo?

Se acaba de dar una batalla por cuestiones sindicales en el campo económicamente próspero del cine mejicano. A mí me parece que no ha ganado nadie. Y de lo que estoy seguro es de que el problema no se ha planteado todavía en los términos debidos. Es una cuestión de justicia, desde luego. Pero de justicia trascendental. Los dos bandos están corrompidos, sindical y artísticamente. Y los dos desaparecerán. El cine entra en una nueva fase y todo ha de aniquilarse para organizarse de otra manera.

Se acaba una época, se cierra un ciclo históricamente en la vida del cine. Esto es lo que origina la gran crisis actual. Aquí, en Hollywood y en todas partes. El cine va a pasar de la infancia a la mocedad. Ya ha aprendido a moverse, a expresarse, a hablar. Ya está preparado para decir algo. Hasta ahora no ha hecho más que manifestar su fantasmagoría. Su primera época, ésa que termina ahora, fué la época de

la técnica, en que la linterna mágica y dinámica por sí sola era ya un espectáculo. Fué el momento en que todo el énfasis se puso en el invento, en el aparato maravilloso. El primer espectador del cine se satisfizo con el milagro aparente de ver mover las figuras y, embozado, se dejó asombrar por los trucos y la prestidigitación luminosa de la cámara. Fué el momento en que la máquina necesitaba pretextos para mostrar la maravilla de su mecanismo. El arte le ofreció entonces todo el repertorio tradicional de sus fábulas y algo de su menguada invención. El arte, hasta el viejo arte clásico, se sometió a la técnica cinematográfica que acababa de nacer. La misma poesía se lo entregó. Pero todo cayó en manos de patanes y usureros. Sin embargo, en donde hubo poesía, un poco de poesía, el milagro aparente de la cámara se hizo milagro divino y verdadero. Por su genuina calidad poética, de esa época se salvan tan sólo los cuentos infantiles y mágicos de Walt Disney y la pirueta lírica y angelica de Chaplin.

Ahora tiene que cambiar todo. Y todo tendrá que hacerse al revés de como se ha hecho hasta aquí. Ahora, el cine, la máquina, entrará al servicio del arte y de la Poesía. Ha llegado el momento en que la pantalla se ponga humildemente de rodillas ante el mensaje de los nuevos poetas.

Los camarógrafos y los directores técnicos se echarán las manos a la cabeza al leer esto y comenzarán a blasfemar. Ya conozco su léxico y no me detengo.

Dejando a un lado el cine didáctico informativo y documental, diré que en el campo estético una película, una gran película, debe estar hecha lo mismo que un poema. Una gran tragedia y una gran novela son poemas nada más. Y así debe ser un gran film. El poema cambia de clave tan sólo. Y el cine no es más que una nueva clave adonde pueden trasladarse los poemas. Esta clave tiene un ritmo más ligero, ya lo sé, y una preceptiva con exigencias peculiares... Pero esa preceptiva el Poeta puede aprenderla en media hora. Porque el poema, en el teatro, en la novela y en el cine, sigue rigiéndose por las mismas leyes viejas y eternas de Aristóteles. Esto es lo que se ha olvidado; probablemente, lo que la mayoría de los directores no ha sabido nunca. Por eso hablan tan petulantemente de la *continuity* y del *suspense* como si fuesen cualidades nuevas y privativas del cine. Toda obra de arte, lo mismo que el cine, tiene una línea temática que se mueve orgánicamente mediante una lógica poética, que es la continuidad, la cual debe ir cargada de emoción hasta el rapto..., que es el *suspense*, el cual en la garganta, el cual hay que deshacer sin azúcar y sin anestesia.

El que sabe hacer esto, para lo cual se necesita, además de disciplina, vocación y gracia teológica, es el Poeta; y ni el fotógrafo, ni el director técnico, ni el carpintero podrán entrar jamás en el reino de la poesía si los dioses no les abren la puerta. ¿Entienden ustedes? ¿Saben ustedes lo que quiere decir esto? Que el cine, hasta ahora, ha vivido desenfocado, que ha puesto el énfasis sobre la técnica y ha tomado en *close-up* lo que debe estar en el fondo... que todo su edificio se ha organizado alrededor de un núcleo incompetente y secundario. Que el personaje creador es el Poeta y que todos los demás no son más que elementos cooperadores que le ayudan a organizar su

creación, lo mismo el tramoyista que el actor, que el utilero, que el electricista, que el director técnico y que el fotógrafo.

El Poeta es el verdadero responsable, como el pintor es el responsable del cuadro. El poeta sabe lo que quiere, y debe saber decir lo que quiere. Todo ha de ir acotado en el poema; primero poéticamente, después técnicamente, científicamente (aquí entra el director técnico), y no es necesario que el Poeta invada los laboratorios y los estudios. Le bastará con ver las pruebas, que son los *rushes*, y corregirlos como se corrigen las pruebas de un libro.

Y el poema es sagrado e intangible, y nadie debe modificarlo más que el Poeta, en caso de necesidad.

El poema no puede ser juguete de productores, de directores, de fotógrafos y carpinteros. Si no se acomoda a las dimensiones de la pantalla, el Poeta buscará la manera de acomodarlo. El carpintero es capaz de cortar « Las Meninas » para embutirlas en un cuadro de cornucopia, porque para él el cuadro es hecho para el marco... Que el carpintero clave y cepille lo que se le encomienda, que ése es su oficio. Y que cada cual se siente en su silla.

Yo acepto la coordinación de todos los esfuerzos. Pero hay un trabajo inicial preliminar, el del Poeta, que no puede surgir de la coordinación de las voluntades del grupo o del equipo, porque todo poema arranca de una experiencia

personal y nace de una angustia específica y subjetiva. Eso de hacer un poema entre varios señores, reunidos en una mesa redonda como los consejeros de un banco es algo tan grotesco como norteamericano. En tribu, o al alimón, no se han construido nunca más que comedietas.

Si el cine de México ha de ser algo diferente del de Hollywood, ha de apoyar su diferencia en esta manera de comenzar y en la organización poética que se origine de este comienzo.

Así haremos el cine dionisiaco. Con él nacerá una pantalla distinta. Distinta y superior. Entonces, cuando el Poeta se siente en su silla con el director técnico a la derecha y el fotógrafo a la izquierda, y todos se acomodan dúctil y coordinadamente a las exigencias del poema, al que no podrán cambiarle ni la censura política, ni la eclesiástica, ni los intereses económicos de la taquilla, ni los gritos histéricos del satisfecho, que pide un final digestivo y alegre, tendremos un cine nuestro, ligado a nuestra tradición dionisiaca, tan diferente del de Hollywood como el vino generoso y embriagante de la obligatoria coca-cola, pócima anodina, dulzarrona y sin espíritu, que no quita la sed. El cine, con excepciones muy contadas, lo mismo aquí que en Hollywood, no ha sido hasta ahora más que una mina de oro o un pozo de petróleo recién denunciado, a donde llegan gambusinos, aventureros, liderzuelos sindicales, actores sin vocación, estrellas impertinentes y fugaces, vendedores de bisutería, piratas literarios, pícaros y gitanos, censores eclesiásticos y municipales, directores analfabetos, adaptadores irreverentes, libretistas y copleros asalariados, prestamistas, mercaderes y judíos incorregibles, que se lamen astutos sus carnes opulentas de parásito. Todos llegan en caminata apresurada de *golden rush*, o en procesión carnavalesca de vanidades. Al Poeta le han dejado atrás, preterido y pisoteado. Nadie ha preguntado por él... y todos se han puesto a llenarse de oro las alforjas.

Sin embargo, la pantalla, esa sábana blanca y milagrosa como el sudario de Lázaro y de Cristo, le ha sido dada al hombre para otros menesteres. Y cuando esté en las manos en que debe estar, el Poeta dirá con ella y de balde, como siempre, o por un vaso de bon vino cuando más, su mensaje maldito y sagrado para que le oigan todos los hombres de la Tierra.



Los Colpoides,

seres artificiales imperfectos preparados en el laboratorio



A Plasmogenia es una nueva ciencia que he propuesto, desde 1903, y que tiene por objeto investigar el origen del protoplasma. Poco conocida y generalmente desdeñada, por ser contraria a las creencias religiosas; incompatible con los dogmas de la ciencia deducidos de los experimentos de Pasteur, que no encontró seres vivientes en caldos esterilizados, esta nueva ciencia ha logrado, sin embargo, extraordinarios progresos, ya sea que se incluyan en ella claramente o que se publiquen en diversos países e idiomas, sin asignarles un lugar en ciencia determinada.

Entre los hechos de laboratorio más culminantes voy a citar la preparación de los Colpoides, seres rudimentarios, muy imperfectos en verdad, que he logrado obtener con la fórmula siguiente:

Solución A. Aceite de olivo francés, puro y reciente, de la marca F. Bétus et Fils, de Bordeaux, 30 centímetros cúbicos; gasolina común, 100 idem. Se disuelve el aceite en la gasolina.

Solución B. Sosa cáustica en cilindros, de Merck, 14 gramos; agua caliente, 10 centímetros cúbicos; rodamina o negro para tefir el jabón, 1 gramo. Se disuelve la sosa en el agua caliente y se agrega la rodamina.

En cualquier farmacia del mundo pueden preparar esta fórmula. La rodamina o el negro para tefir el jabón se usan en la industria de la jabonería y se venden en las droguerías. No hay necesidad, por lo tanto, de sustancias raras y procedimientos complicados, bastando verter gotas de la solución B en un plato que contenga la solución A. Al punto aparecen multitud de formas en movimiento que se contorsionan, se arrastran, parecen huir, detenerse, volver a caminar, girar, retorcerse, con el aspecto de los animalillos del agua estancada llamados amibas, que son los más sencillos y se citan en los textos elementales de zoología; parecen bolsitas transparentes que se deforman en todos sentidos y emiten brazos para apoyarse en ellos y arrastrarse.

Ahora bien, si observamos la misma preparación con microscopio, en una vasija de cristal o vidrio de reloj, o mejor caja de Petri, vemos, con indefinible sorpresa, que aquellos globulillos de la solución de sosa, envueltos en una delicadísima membrana de jabón que se ha formado con el aceite y la sosa, se atacan, se buscan, se provocan, se chupan sus savias con una especie de furor, amoldándose unos a otros, formando colonias o cadenas que danzan en el mismo sitio o avanzan sin dejar de cambiarse sus savias, por las superficies de contacto. Esta actividad persiste durante unas tres horas, si la temperatura es de 10°C, lo que se consigue rodeando la vasija con hielo. Cada globulillo es lo que se llama una bolsita osmótica, sin duda electrizada por causa de la combinación química de la sosa y el jabón. La ósmosis consiste en el paso de los líquidos a través de las membranas, y aquí sucede que el aceite fluidificado por la gasolina, sin viscosidad alguna, pasa a través de la membrana de jabón, así como la gaso-

no se ha explicado exactamente. Lo más probable es que la ósmosis combinada a la electricidad sea la causa de estas actividades, que parecen coincidir con el desarrollo de un instinto rudimental, una vaga inteligencia naciente, con preferencias y repulsiones admirables.

Claro es que aquí no hay una vida completa, con respiración, asimilación, duración y evolución, y sobre todo, cambios químicos y distásicos, con síntesis de ácidos aminados, etc. Pero el hecho es indestructible y demuestra que las más sorprendentes manifestaciones de vida y conciencia rudimental pueden producirse a voluntad en el laboratorio con sustancias inertes.

La ciencia está padeciendo, hace muchos años, de una enfermedad vergonzosa, una verdadera fobia para todo aquello que se refiere al origen de la

hechos adquiridos y que nada puede ya destruir.

Tanto estos hechos como otros que he dado a conocer en mi obra más reciente « Una nueva ciencia: La Plasmogenia » (Maucci. Barcelona, 1927), hacen presumir que la vida apareció sin intervenciones sobrenaturales ni divinas, bajo la influencia de la luz y otros factores naturales. En estos momentos estudio una nueva teoría, ignorando aún si será comprobada:

Los primeros organismos pueden haberse formado en la nieve, pues congelando una gota de agua con cloreto y observando con microscopio, aparecen numerosas figuras orgánicas. El hielo tiene una estructura cristalina sumamente variable, semeando células y amibas, ya observadas por Nordenskjöld en las regiones polares, donde pulula un ser inferior y primitivo, el Protococo, de un color rojo de sangre que se encuentra en la nieve, en los vértices de las altas montañas y en las zonas polares, formando la nieve roja, que tiene muchos metros de espesor. Y los cristales en general, no sólo de hielo, presentan grandes analogías con las células, cuando se preparan en presencia de sustancias viscosas o coloidales. Hay que hacer, con este fin, numerosos experimentos, preparando los cristales de hielo en condiciones convenientes.

De todas maneras, la investigación experimental resolverá un día el problema de nuestros orígenes, sin Dios, mientras el fanatismo sigue orando de rodillas y sin que sus oraciones eviten un ligero resfriado y menos aún las espantosas guerras modernas y otras catástrofes.

por A. L. HERRERA

lina, que se acumula dentro de cada glóbulo formando vacuolos o gotitas. El espectáculo que así se observa es muy extraño y tiene mucha importancia para el estudio y conocimiento de la vida, pues se debe a causas mecánicas, físicas y químicas, aunque hasta hoy

vida, por no atraerse los odios del fanatismo religioso, que veda el terreno de los hechos a la inteligencia y quiere embrutecernos con el dogma.

Pero ya son conocidos los Colpoides en diversas naciones y mal que les pese a los explotadores del pueblo, son

Los orígenes del mundo helénico

• Viene de la página 4 •

prefieren los potentes castillos, símbolo de su dominación bastante brutal, a los palacios ensoleados de Cretas; ellos los ornaban de frescos, pero las mujeres pesadamente adornadas que desfilan sobre los muros de Tarento son muy diferentes a la « parisina » (alusión a una figura de mujer cretense de la época minoena de trazos delicados, vestida con gusto, que los arqueólogos la han comparado a una parisina). Las escenas de caza y de guerra reemplaza los paisajes floridos, y los perros, moteados de rosa y de azul, que persiguen un jabalí, están, con sus formas rígidas y convencionales, muy lejos del realismo cretense. (J. Gabriel-Leroux, « Les premières civilisations de la Méditerranée », Paris, 1948).

Así, después de haber sido instruidos por el arte cretense, dándole el sesgo de su propia personalidad, impulsarán lo que después vendrá a ser el griego: perfecto si se quiere, pero frío. Estético, pero inexpresivo. Formas sin vida, sin reflejo de dentro, cuerpos sin luz del alma, sin expansión psicológica, sin carácter. Arte precioso pero banal. Y así será el sesgo que tomará su cultura y su civilización en sus facetas de conjunto, a pesar de las lumbres del discernimiento, que descuellan aisladas, solitarias, como faros encendidos en un mar de indiferencia.

Los dirigentes de la sociedad griega no tendrán más que un fin: el lucro por el agiotage y el comercio. Cada ciudad será un baluarte de agiotistas y comerciantes dirigida por un tirano, sin ningún lazo solidario entre unas y otras, sin ningún fondo común de compenetración étnica ni social. « Sólo la riqueza determina el rango social, cualquiera que sea su origen. Así, las muchachas solteras y sin fortuna no dudan en formar su dote (para poder contraer matrimonio) prostituyéndose (Herodoto). Hábiles en el canto y en la danza, las « cortesanas de buen rincón » se paseaban bajo la sombra de ese Luna Park antiguo, vestidas de suntuosos tejidos transparentes, rosados, que se confundían con la carne, entre mercaderes y hombres de negocios que se pavoneaban en caftan de púrpura con bordados de oro, cubiertos de pomadas, de joyas y de perfumes. (J. Pirenne, « Les Civilisations Antiques. Orígenes de la Civilisation Greque »).

La Grecia política y dirigente se componía de ciudades que eran ante todo plazas fuertes y de comercio, acuñando cada una su propia moneda con la efigie del elemento principal con el cual

comercian. Ningún escrúpulo tienen al hacer de los griegos que viven en los campos, sus esclavos, ningún reparo ni coacción moral para con sus coterráneos. De igual manera, cada uno yendo de por sí a lo suyo, ningún plan ni regla general de conjunto establecen en el tráfico lucrativo. El negocio es su negocio. El forastero se ve privado asimismo del más elemental derecho de gentes y la solidaridad humana brilla por su ausencia, estando, en lo tocante a la hospitalidad, con retraso considerable en relación a los cretenses y a los troianos en el tiempo en que éstos aún no habían sido dispersados y masacrados por la confederación de pueblos indoeuropeos.

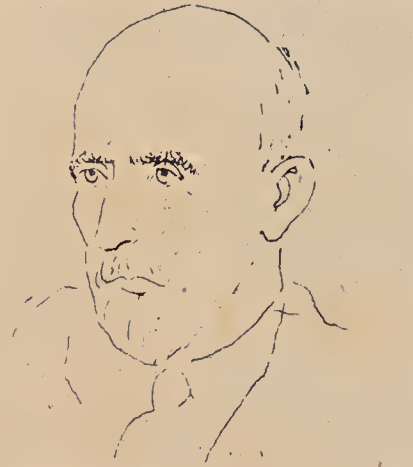
« En Cretas, refiere Pirenne, dos mesas estaban siempre reservadas a los forasteros en las comidas públicas y eran servidos antes que los mismos magistrados. En Grecia ya no era así. El forastero debía ponerse bajo la protección de un hospederio, costumbre que remonta a los acaenios, quienes los ponían bajo la protección de Zeus ». Las mujeres de Asia (salvo en la alta Mesopotamia asiria y en la central del medio indoeuropeo), y en Egipto, eran más libres que en Grecia y jugaban un papel social y religioso más importante. Al lado del escriba, del comerciante o del faraón está su compañera, inseparable en todos los actos públicos y privados, en los representativos como en los íntimos. El sabio Sócrates y el virtuoso Catón encontraban completamente natural prestar sus mujeres a los amigos. Aparte de las hetairas, que, como en la India moderna gozaban de una gran consideración porque eran las únicas mujeres libres e instruidas, los griegos,

a quienes se les puede considerar como el pueblo más civilizado del mundo antiguo, no situaban jamás a las mujeres en un rango superior al del esclavo. Sólo el Egipto, como lo veremos, hizo de la mujer casi la igual al hombre. (Gustavo le Bon, « Les Premières Civilisations »). El mismo autor nos dice: « Entre los griegos y los romanos, la mujer era la esclava legal del jefe de familia, que tenía sobre ella todos los derechos absolutos que poseía sobre sus animales y sus esclavos ». En Troya, bajo la presidencia de la reina, se reunían en los templos para presentar sus ofrendas a los dioses. Como los asirios, los acaenios y otros indoeuropeos las relegaban en los gineceos, departiendo y comiendo los hombres solos entre sí. En Grecia no había relación común ni de comunidad siquiera fuere rudimentaria, entre el campo y la ciudad. Contra lo que se propaga con frases almidaradas, Grecia no conoció la democracia, siendo la inmensa mayoría de los griegos, los de baja condición social, tenidos con menosprecio y aún con desprecio por « cosas » que se manejan al antojo, considerándolo, aún los más esclarecidos entre ellos cual Sócrates y Platón, que la esclavitud y la inferioridad de condiciones era cosa natural. De tal forma, que Platón, al escribir su República con intención de una muy extraña reforma de la sociedad, la emancipación del esclavo no cuenta para nada; sólo recomendaba para él un trato benévolo.

Grecia recibe del Asia sus personajes mitológicos, con los que, cambiando el nombre, darán a su teología un carácter convencional, sencillo, humano y cruel a un mismo tiempo. De igual manera, los personajes mitológicos romanos serán copia de los griegos, entrando con el nombre cambiado a su vez en el paganismo contradictorio y pintoresco de su teogonía, cuyo rito, siguiendo la misma pauta a través de sus traslados, era celosamente acaparado por los endormecedores privilegiados bajo la dirección del caudillo, cónsul primero, emperador después; del César, hecho dios y hombre providencial a un mismo tiempo. Los augures y pitonisas herederos de la diosa madre del culto agrícola, han evolucionado en su misión servil, para elaborar el prestigio sobrenatural del hombre pedante y ambicioso, insaciable de privilegios y de poder. Del caudillo de turno que espera ser metido en la hornacina de los semidioses, tanto más glorificado cuanto más torrentes de sangre humana ha hecho derramar.

FABIAN MORO.

(Fin de este trabajo en el número próximo.)



Premio Nobel de Literatura 1956

SUPLEMENTO DE SOLIDARIDAD O B R E R A

Suscripción, 150 frs. trimestre. Número suelto 50 frs.

Redacción y Administración: 24, rue Ste-Marthe, PARIS (X).

Teléfonos: Redacción BOT. 22-02; imprenta, PRO. 78-16.



Servicio de librería de SOLI

El Servicio de Librería de « SOLI » recomienda a los compañeros y personas amantes de la cultura su Selección de Obras en :

LITERATURA : Novela, poesía, teatro. Todos los clásicos de la literatura universal en español y en francés.

BIOGRAFIAS : De hombres célebres en literatura, pintura, escultura, música, filosofía, pedagogía, sociología, sindicalismo, socialismo, anarquismo.

LIBROS DE TEXTO : Gramáticas, aritméticas, geografía, historia, atlas, mapas de España, Europa, mapa mundi, ciencias físicas y naturales. Cursos elemental y superior.

DICCIONARIOS : En español, francés, alemán, inglés, etc. Dicciones bilingües en todos los idiomas. Métodos prácticos para el estudio de las diferentes lenguas. En francés y español.

LIBROS ESCOLARES Y DE LECTURA : Enciclopedias, monografías y libros de todas las especialidades técnicas en español y francés.

PEDIDOS Y GIROS : a Roque LLOP, 24, rue Ste-Marthe, PARIS (X). C.C.P. 13.507-56 Paris.

Floresta de leyendas heroicas españolas (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I. Zorrilla. — Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

Melendez Valdés. — Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

García Gutiérrez. — Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

Juan Pablo Forner. — Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

Feijóo. — Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

Lope de Vega. — Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

Calderón de la Barca. — Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Mira de Amescua. — Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

Cristóbal de Castillejo. — Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

Mateo Alemán. — Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Calderón de la Barca. — Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Lope de Vega. — « Poesías líricas ». Tomo II. Prólogo y notas de José E. Montesinos.

Saavedra Fajardo. — « Idea de un príncipe político cristiano ». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Larra. — « Artículos políticos y sociales ». Tomo III. Prólogo

y notas de Narciso Alonso Cortés.

Quintana. — « Poesías ». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

Cristóbal de Castillejo. — « Obras ». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

Juan Valera. — « Pepita Giménez ». Prólogo y notas de Manuel Azafra.

Saavedra Fajardo. — « Idea de un príncipe político cristiano ». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

Mira de Amescua. — Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Mateo Alemán. — « Guzmán de Alfarache ». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

« Floresta de leyendas heroicas españolas ». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

Feijóo. — « Cartas eruditas ». Prólogo y notas de Agustín Millares.

Juan de Valdés. — « Diálogo de la lengua ». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

Cristóbal de Castillejo. — « Obras ». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

Alonso Valdés. — « Diálogo de las cosas ocurridas en Roma ». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

Mateo Alemán. — « Guzmán de Alfarache ». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Cristóbal de Castillejo. — « Obras ». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

Bretón de los Herreros. — Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

Mateo Alemán. — « Guzmán de Alfarache ». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

COLECCION CLASICOS CASTELLANOS

a 375 francos el volumen

Castillo Solorzano. — « La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas ». Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

Espinel. — « Vida de Marcos de Obregón ». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

Berceo. — « Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solamido.

Larra. — « Artículos de costumbres ». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

Saavedra Fajardo. — « República literaria ». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

Espronceda. — « Poesías » y « El estudiante de Salamanca ». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

Feijóo. — « Teatro crítico universal ». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

Fernando del Pulgar. — « Claros varones de Castilla ». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

Espronceda. — « El Diablo Mundo ». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

Espinel. — « Vida de Marcos Obregón ». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

Larra. — « Artículos de crítica literaria y artística ». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

Feijóo. — « Teatro crítico universal ». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

Moncada. — « Exposición de los catalanes y aragoneses contra los turcos y griegos ». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

San Juan de la Cruz. — « El cántico espiritual ». Prólogo y notas de Marías Martínez de Burgos.

Quevedo. — « Obras satíricas y festivas ». Prólogo y notas de J. María Salaverria.

Salas Barbadillo. — « La peregrinación sabia » y « El sagaz Estacio, marido examinado ». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

Moratin. — Teatro (« La comedia llamada Eufemias »). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

Juan de la Cueva. — « El infamador », « Los siete infantes

de Lara » y « El ejemplar poético ». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

Fernández Pérez de Guzmán. — « Generaciones y semblanzas ». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

« El Proletariado Militante », de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

« El Apoyo Mutuo », de Kropotkine, 200 francos.

« Etica », Kropotkine, 100 fr.

« El Pueblo », de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

CLASICOS

a 170 francos volumen

Tirso de Molina. — El condenado por desconfiado (teatro).

Lope de Vega. — Poesía lírica (verso).

Juan de Mariana. — Historia de España (prosa).

Fray Luis de León. — Poesía (verso).

J. Ruiz de Alarcón. — La verdad sospechosa (teatro).

Don Juan Manuel. — El Conde Lucanor (prosa).

Varios. — Escritores de Indias (prosa).

Los Manriques (poetas). — Antología (verso).

Varios. — Romances viejos (verso).

M. de Cervantes. — Rinconete. La ilustre fregona (prosa).

Luis de Góngora. — Poesía (verso).

Santillana y Mena. — Poesía (verso).

Calderón de la Barca. — La vida es sueño (teatro).

Guzmán y Pulgar. — Generaciones y Claros varones (prosa).

Calderón de la Barca. — Autos sacramentales (teatro).

Guillén de Castro. — Las mocedades del Cid (teatro).

B. Juan de Avila. — Epistolario (prosa).

Juan de Valdés. — Diálogo de la lengua (prosa).

Juan de la Encina. — Plácida y Victoriano (teatro).

Varios. — Antología de la poesía romántica (verso).

Arcipreste de Hita. — Libro de Buen Amor (verso).

M. de Cervantes. — Lic. Vidriera y Col. de los perros (prosa).

Anónimo. — El Lazarillo de Tormes (prosa).

Anónimo. — El Poema del Cid (verso).

Gonzalo de Berceo. — Milagros de Nuestra Señora (verso).

Lope de Vega. — El Caballero de Olmedo (teatro).

P. J. Feijóo. — Discursos y cartas (prosa).

A. de Moreto. — El lindo Don Diego (teatro).

G. M. de Jovellanos. — Obras selectas (prosa).

J. de Cadalso. — Cartas marruecas (prosa).

Varios. — Poetas líricos del siglo XVIII (verso).

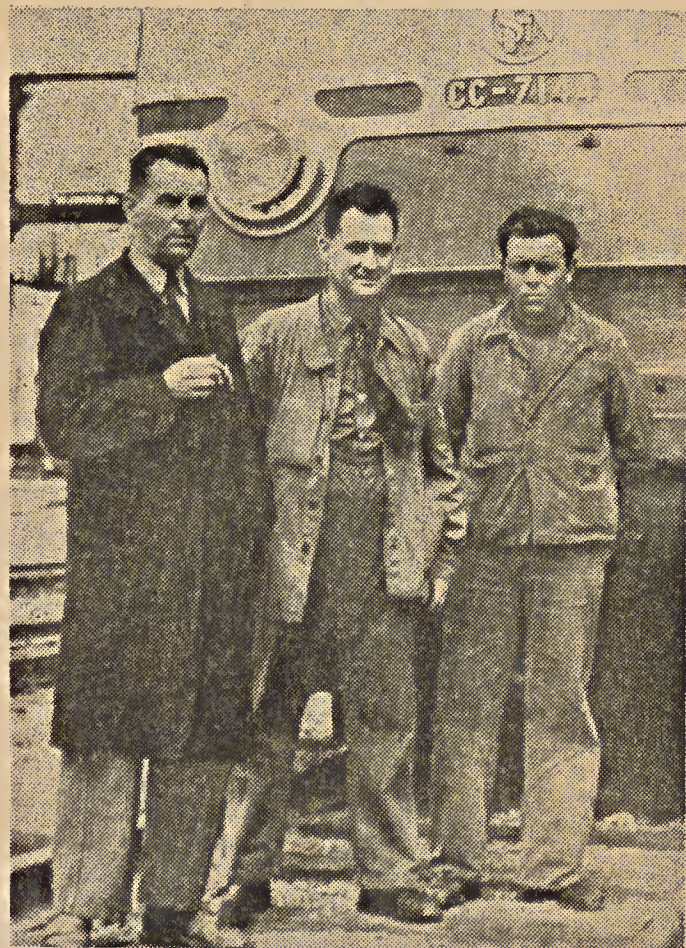
Santa Teresa de Jesús. — Prosa escogida.

Garcilaso de la Vega. — Poesía (verso).

Don Ramón de la Cruz. — Sainetes (teatro).



GOCE DE OTOÑO



Héroes del Progreso : Equipo ferroviario francés que condujo una locomotora a 230 km. hora.

Grandeza y miseria del siglo XIX español

por Felipe ALAIZ



A baronesa de Stael, hija del financiero Necker, no excluía el epigrama ni la elegía contra Napoleón. Aunque no quería pasar por impaciente, daba alas tendidas al resentimiento disimulando el freno. Decía que al fin y al cabo el súbdito no es más que un ejercitante de paciencia. Frase genial que cabe aplicar a todos los súbditos, con preferencia a los deficitarios de voluntad. Los mil-

llones de la familia Necker apoyaban el rencor de la baronesa sin poder hacer de ella una mujer sosegada más que en apariencia.

Su padre, uno de los muchos ginebrinos acogidos al suave clima financiero de Francia, llegó a tener más crédito en París como banquero para negociar empréstitos con los millonarios de Holanda que los mismos gobernantes franceses. Ministro de situaciones políticas antípodas, sin la actividad metódica, aunque insuficiente, de un Turgot, o de un Colbert, tenía el banquero Necker un salón literario que presidía su mujer y justificaba su hija, la baronesa de Stael. Nécker era en su propia casa un transeúnte y ni transeúnte apenas el barón de Stael.

SIGUE EL MAL AUGURIO CONTRA EL IMPERIO

Fué aquel salón uno de los viveros de romanticismo primerizo y ácido medio siglo antes de producirse la tormenta de « Hernani ». En el salón de la baronesa de Stael leyó Bernardin de Saint-Pierre el manuscrito de « Pablo y Virginia », una de las primeras exposiciones de paisaje tropical en la literatura francesa de tándulo. La centrifuga tenía siglos de lozanía atemperadas los ríos — rutas andantes — a los caminos de tierra firme y a las comunicaciones.

Había reproducido el vario paisaje y las hablas múltiples de Francia, superando a menudo en calidad el mérito de la literatura acumulativa. Antes y después de Mistral las plumas de provincia se adelantaron a las de cúmulo en el paisaje. Los cuadros coloniales del tiempo de los filibusteros en francés unificado, son muy anteriores a « Pablo y Virginia », como lo son las de Marivaux y el abate Prebost, sobre todo en sus interpretaciones de lo exótico. Las narraciones americanas de Chateaubriand datan de 1801 y la primera edición de « Pablo y Virginia » lleva fecha de 1788. La edición de 1806 tiene un extraño prólogo. Se mezclan en él teorías filosóficas inspiradas por el Rousseau de « La Nueva Eloísa » (1760) con elogios desplazados a la familia imperial.

Inquieta ella contra el poder que la tuvo diez años confortablemente desterrada; pluma favorecida por la ceguera de Napoleón, empeñado, precisamente por ser mujerigo, en organizar el mundo sin contar con las mujeres, que lo desorganizan si quieren pacientemente; protectora de Talleyrand, amiga de fausto teatral. Apagadas las luces, el emperador y los figurantes quedaban arrumbados y descalabrados.

Hemos de verlo próximamente en la oposición de Julieta Recamier; en Teresa Cabarrús, llamada Nuestra Señora de Thermidor; en la duquesa de Abrantes, sobre todo, esposa del general Junot, muy familiar ella ya desde Córcega de los Bonaparte y descendiente de los emperadores de Bizancio, amiga de Goethe y de Schlegel, el animador del romanticismo alemán y entusiasta de Calderón; convencida de que los pueblos débiles son los que tienen gobiernos fuertes; madrina en Francia de Alemania; fiel contraste de la pleamar adversa al régimen y más que al régimen a los adoradores de él; péñola para el periodismo de oposición, tal como lo definiría Larra poco después, esto es, « diestro en fugas » y rebelador de secretos; habitual de los Parnasillos, entonada y amiga del reto intelectual, dió tanta fiebre a Napoleón como los tritones ingleses y la caballareía de San Jorge.

Citó una noche Fouché a la baronesa de Stael. Se trataba precisamente de comunicar a ésta la orden de destierro y Fouché lo hizo valiéndose de atormetadores requiebros:

— Sois una de las musas enemigas del primer Consul.

No era Germana Necker un dechado de belleza para creerse musa, pero tenía expresión singular muy atractiva, favorecida aquella noche por la indignación contenida. Y cuenta Giuseppe Borghetti que contestó Germana:

— No tengo vocación de musa, decididamente...

— Sí, sí, inspiradora de Benjamín Constant.

— No veo la necesidad de que tenga que inspirarse Constant en ninguna mujer como yo.

— ¡Ea! — rebatió el policía —. Hay mucha diferencia de mujer a mujer, y todo el mundo conoce vuestro ascendiente irresistible.

— Estáis en un error — replicó a su vez la de Stael —. Puedo influir tal vez desde las páginas de un libro o entre las cuatro paredes de un salón, pero en

los ámbitos de un cuerpo legislativo se contrastan opiniones libres. Precisamente sé alzó Constant contra la amenaza oficial a esa libertad de opinión...

En enero de 1802 fueron eliminados veinte miembros del Tribunado, entre ellos Benjamin Constant. Como la baronesa de Stael protestara, fué desterrada. El partido bonapartista hacía el vacío a la baronesa, cuya presencia esquivaba Napoleón, acostumbrado a las zalameñas de los incondicionales, que acabaron todos traicionándole. La baronesa de Stael no se sentía capaz de imitar a Fouché ni a Talleyrand, cortesanos ladinos de cualquier poder poco ladino.

La duquesa de Chevreuse trepidaba por un plano inclinado, como si gustara del declive rápido. La baronesa de Stael prefería contar con un aliado — el tiempo — contra un desprendido de él como Bonaparte, que vivía en las calendas de Julio César y hablaba de Alejandro de Macedonia como de un contortilio.

Más consecuente en la oposición fué la Stael que Constant, quien apoyó a Napoleón al evadirse éste de la isla de Elba y tratar de congraciarse en la adversidad con los elementos llamados liberales, a los que había perseguido en la época suntuosa.

**

La Stael trepidaba contra Napoleón, como la duquesa de Chevreuse. Ambas consideraban que el fulgor imperial era vacilante y mortecino. Las dos tenían a Napoleón por advenedizo y endiosado, sobre todo por los hombres de su contorno, enriquecidos por el emperador fastuosamente, predispuestos a entregarse a otros amos, insaciables de notoriedad y títulos, poco propicios a la reten-

ETERNIDAD

— ¡Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue.
Y la madre repuso:
— ¡Sí; para siempre!

La alcoba está muy triste.
La luz muy débil.
¡Por dentro están llorando,
por fuera llueve.

MANUEL ACUÑA.

LA alcoba tiene un andrajo de cortina agujereada por donde escapa la luz tenue de la mariposa, en un vidrio desportillado. Un rayo de luz. Y en la sala parpadea la vela embutida en una palmaria. Entra el viento a derribar los objetos inconsistentes y a esparcirlos. Está gatiendo un can.

El marido aparece sentado en un rincón con la cabeza recostada en los brazos: luego de acallar su pena y de llorar sin lágrimas, adormécese. Un suspiro hondo sale de dentro a fuera de la alcoba.

Juego de oscuro entre las dos luces, las dos sin ganas de alumbrar. Silencio.

Clima abstractivo, pleno de zumbidos uniformes que aturden. Descorre la madre parte del arambel y permanece rígida en la puerta de la alcoba como si el dolor paralizase sus movimientos.

Otro arambel cubre sus carnes; los ples breves, escondidos en las bambuchas; la faz pálida, escaldada de llorar. Tienen los aladares en desorden y la ofenden.

Tiene también miedo de hablar. Mira hacia el marido, bulto de humanidad en la sombra.



Al dar la una, el gallo de los malos presagios es oído.

Y el can, blanco y pintojo, que gatió en la calle, ¿qué barrunta?

Hace oscuro denso.

Llueve fino.

Atmósfera de soledad en congelación.

La vela no tiene más sebo que alumbrar y se apaga.

— « ¿Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue ».

— « ¡Sí; para siempre! »

— ¡Tan lindo... tan perfecto! —

La Fatalidad hizo su obra; la Miseria está haciéndola.

Marido y mujer no hablan y se oyen, se miran a oscuras y se ven.

La noche está parada.

La noche del dolor es eterna.

Y dolor es eternidad.

PUYOL.

ALFONSINA STORNI

• Viene de la página 16 •

de la literatura un medio de vivir, y que concurría a los banquetes de « hombres solos » — rasgo de despreocupación nunca visto — se comprendía criticada, calumniada. « Mirar cómo se ríen y cómo me señalan », dice. Era la lucha de uno contra todos, el duelo sin término que condena a los inadaptados a envejecer solos. Sus arrestos juveniles flaqueaban. El pequeño mundo en que se movía era como una ergástula, poblada de sombras, cuyos muros fueran estrechándose a su alrededor. « La vida

— dice — es una cueva, la muerte es un espacio. Esta idea se aferra a su espíritu, la aprisiona como la hiedra al árbol, la seduce, la convence. Morir es liberarse del dolor de pensar y de amar. Para quien necesita descanso, ninguna almohada más blanda, ni más dulce, ni mejor mullida, que la Muerte...

Comprendiéndolo así escribió « Voy a morir », su última poesía, que una noche, ella misma, llevó a « La Nación ». Dos días después, el 26 de octubre de 1938, se arrojaba al mar.

Y ahora, una idea — ésta — en des-

gracia que dicta el escándalo a los timoratos y el escarmiento a los audaces. Mientras los hombres se arrodillaban ante Napoleón; mientras el mismo catecismo — después del concordato — divinizaba al emperador; mientras los mariscales sublimaban empresas guerreras sin mañana; mientras la propia madre de Bonaparte — Leticia o Alegria Ramolino — presumía que el fasto imperial era una fantasía pasajera y mientras su hijo contaba con esclavos y mamelucos cargados de pasamanería, las mujeres más inteligentes y prevenidas, adheridas a un sentido despierto y positivista, tenían una visión anticipada del Balzac, extraordinariamente dotada para el suave espionaje de salón y autora de una obra monumental de Memorias en las que el tema de la invasión de España por Bonaparte, queda aclarado y juzgado como la más insigne y totalitaria de las empresas de Napoleón.

Bajo el signo de LARRA

IV

« Nada ». Larra parece culminar su observación. Termina hundiendo los ojos, después de romper las superficies, en el vacío. Podemos pensar que no necesita decir más, que a sí mismo le basta lo que deja escrito. Pero es el escritor de los momentos españoles y de los suyos propios. Su naturaleza le impide sentir agotadas las experiencias. Sigue dejando constancia de ellas, sucesivas y cambiantes. No ha de tener que hacer otra cosa que continuar describiendo el descompuesto panorama español, su desarticulada geografía. Ha tocado fondo, y ese fondo es la nada, pero mientras no descienda su propia vida a ahogarse en la sombra, y en otro distinto silencio del que oían sus finos oídos, no cesará de rondar por las calles de Madrid, con la mirada más sutil que nunca. Y lo que es su condición, desmenuzando las cosas ínfimas y cotidianas, de pesada materia, porque sabe que ellas están impregnadas de la grotesca caricatura que flota en el ambiente, que humedece las cosas y las deforma como si se vieran a través de una niebla. Recordemos la descripción que hace del birlocho en el artículo « ¿ Entre qué gentes estamos? » (noviembre de 1834). Antes se había escondido en un « incongruente desván ». Ahora contempla un « capricho de Goya ». No de otra manera ve las cosas menudas: caprichos de Goya, ilusión, fantasmagoría, máscaras, embozos. Lugares comunes de su recelo. La realidad, la firme realidad, no es tal. Las cosas mismas no le ofrecen seguridad. Del mundo moral no digamos nada. No toma la pluma, en estos finales del 1834, sino para testimoniar un conocimiento de sombras: « ...me paro a considerar el destino del mundo; ...me veo rodando dentro de él con mis semejantes sin que nadie sepa para qué, ni adónde; ...contemplo que la vida es amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos ». Conoce las sombras que lo rodean y también la suya, la sombra de su vida, que rueda en el mundo « sin que nadie sepa para qué, ni adónde ». Son palabras que están escondidas en un artículo de costumbres y que se refieren, con toda apariencia, a la generalidad de los hombres, pero parece haber, por debajo de la luz intelectual con que pasa en seguida a examinar la situación, un fugaz frenesí romántico.

LUIS V. ANASTASIA SOSA.

ALFONSINA STORNI



En esta mujercita, delgada y menuda, ni linda ni fea, que vestía con la sencillez de una colegiala y cuyo semblante, por igual ingenuo, pensativo y triste, recuerda el de las famosas « Claudinas », de Colette, el maestro Unamuno habría dicho que fué « toda una mujer ». Nació en una aldea de la Suiza italiana, el 29 de Mayo de 1892. Niña aún, sus padres, gente pobre, la trajeron a Argentina y se establecieron en San Juan ; luego, en Santa Fe. Poco después, recién traspuestos los umbrales de la primera mocedad, la traición, maquillada de amor sincero, la sorprendió, y su orgullo la obligó a independizarse de sus familiares, que nunca habrían sabido perdonarla. Cuando Alfonsina Storni, la gran artista llamada a compartir con Juana de Ibarburou y Gabriela Mistral el cetro de la lírica sudamericana,

entró en Buenos Aires, llevaba un niño en brazos.

Desde los primeros momentos la infortunada se dió cuenta precisa de que el ambiente la sería adverso. La masa, cargada de « ideas hechas », la miraba hostilmente.

por **Eduardo ZAMACOIS**

misma. Ahora, lo que el hombre la inspira, es un desdén piadoso :
« hombre pequeño, hombre pequeño, suelta a tu canario que quiere volar... Yo soy el canario, hombre pequeño, déjame saltar. Estuve en tu jaula, hombre pequeño, hombre pequeño que jaula me das. Digo pequeño porque no me entiendes ni me entenderás. Tampoco te entiendo, pero mientras ábreme tu jaula, que quiero escapar ; hombre pequeño, te amé un cuarto de jala ;

no me pidas más. »
Pero la fe en sí misma, de la que derrochó tantas pruebas, era más ficticia que real. Alfonsina Storni, la primera mujer argentina que pudo hacer

● Pasa a la página 15 ●

— ¡ Una madre soltera !... ¡ Qué escándalo !... — pensaba el vulgo.

Pero Alfonsina, que conservaba íntegramente, sin una sombra, sin una duda, « la propia estimación », no se acobardó : trabajó aquí y allá, de costurera, de lavandera, se colocó en un comercio, y entretanto leía ávidamente cuantos libros llegaban a sus manos, y con el mucho leer iba desparezándose en ella el deseo de escribir.

Como no hubo mal que no trajese aparejado algún bien, tanto el vacío espiritual que la rodeaba, como la soledad a que la condenaba su ingénita timidez y su penuria, la aficionaron a estudiar-se a sí misma, « a mirarse por dentro », ejercicios de autoanálisis que luego habían de ayudarla a penetrar en el alma de los demás. Derrochando voluntad logró terminar la carrera de maestra, y ver publicadas algunas rimas suyas — aunque a intervalos demasiado largos — en « Caras y Caretas », el semanario más prestigioso de aquella época. Sin desmayos, sin impacencias, calladamente, extraña a la pobreza y al anonimato en que vivía, Alfonsina continuó abriéndose camino. Era la vida de su hijo, más que la suya, lo que defendía.

« El hijo y después yo, y después... ; lo que sea ! », escribe. Se sabía calumniada, envidiada. Nada le importó, y los músculos que mueven los hombros y que alguien llamó « los músculos de la resignación », fueron en ella los músculos del desdén.

A los veinticuatro años publicó « La inquietud del rosal », su primera obra ; libro amargo, descarnado, violento, como un cartel de desafío ; el libro de una mujer que, a despecho de la traición que enlutó para siempre su vida, goza del alegre orgullo de ser libre.

« Yo soy como loba.
Quebré con el rebaño
y me fui a la montaña
fatigada del llano »...

El « llano » a que alude es el vulgo ; la masa que Verlaine llamó « densa y municipal », porque diariamente, al levantarse, se pone en el espíritu un uniforme. Y añade :

« Yo soy como la loba. Ando sola y me río del rebaño. El sustento me lo gano y es mío ».

Según Ortega y Gasset, los hombres poseen la genialidad lírica porque no tienen reparo en divulgar a los cuatro vientos cuanto haya en ellos de más íntimo, en tanto que la mujer, si alguna vez — no siempre — se decide a desnudar sus secretos, será únicamente al dueño de su alma. Este criterio, que estimo muy discutible, no es aplicable a quien declaró, más atenta a aliviarse de sus penas, confesándolas, que a buscar los elogios de la crítica, « El clamor », « Tú me quieres blanca », y otras composiciones llevadas al papel en momentos de una exaltación lírica perfectamente varonil. Su vida, tan apasionada y tan breve, y su « ópera omnia », son inseparables, y las vemos modificarse a lo largo de sus libros : « El dulce daño », Irremediablemente », « Languidez », « Mundo de siete pozos »...

Alfonsina va a cumplir cuarenta años, su necesidad de amar poco a poco se inquieta, se ensancha, y deriva hacia un panteísmo que le inspira páginas tan dilectas y sutiles como « La caricia perdida ». El erotismo de sus días tempranos palidece, se atrofia, se enfría.

Al hombre no le odia, su alma cansada ya no tiene alientos para odiar ; pero conociendo un hombre — el que le dió a beber la cicuta del olvido —

cree conocer a todos y los desprecia. Los hombres son traidores, egoístas, autoritarios, vanidosos ; les gusta dominar, piensan que su dinero les da

derecho a todo. Se equivocan. Ella no les necesita... Su talento la ha independizado, y es fuerte porque el centro de gravedad de su alma lo buscó en ella



« El hijo y después yo, y después... ; lo que sea ! »